ALBERT PIKE

MORAL Y DOGMA

DEL RITO ESCOCES ANTIGUO Y ACEPTADO



CAPÍTULO ROSACRUZ

(Grados 15 a 18)

Traducción de
Alberto Moreno Moreno



ALBERT PIKE

Moral y dogma

del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

Grados Quince a Dieciocho
(CAPÍTULO ROSACRUZ)

Traducción:
Alberto R. Moreno Moreno

Moral y dogma

del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

Grados Quince a Dieciocho
(Capítulo Rosacruz)

Serie Azul
[Textos históricos y clásicos]

Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Capítulo Rosacruz)
Albert Pike

editorial masonica.es®
Serie Azul (Textos históricos y clásicos)
www.masonica.es

EntreAcacias, S.L.
Apdo. de Correos 32
33010 Oviedo
Asturias (España/Spain)
Teléfono/fax: (34) 985 79 28 92
info@masonica.es

1ª edición: septiembre, 2010

ISBN edición impresa: 978-84-92984-17-6
ISBN edición digital: 978-84-92984-19-0

Edición digital

Esta traducción está dedicada
a Ignacio Méndez -Trelles Díaz,
sin el que nada de todo esto
habría sido posible.
ALBERTO MORENO MORENO

Moral y Dogma

del

Rito Escocés Antiguo y Aceptado

de la

Francmasonería

Grados de Quince a Dieciocho

(Capítulo Rosacruz)

Albert Pike

Publicado en Charleston (EE.UU.) en 1871

Traducido al español
por

Alberto Ramón Moreno Moreno
(Julio de 2010)

Este volumen contiene los capítulos 15 a 18 de la obra de Albert Pike *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado*.

Está precedido por *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Grados de Aprendiz, Compañero y Maestro)* y *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Logia de Perfección)* publicados por MASONICA.ES (www.masonica.es).

XV

Caballero del Este o de la Espada

(Caballero del Este, o de la Espada, o del Águila)

Este grado, como todos los demás en Masonería, es simbólico. Aunque está basado en una verdad histórica y en una tradición auténtica, es esencialmente una alegoría. La enseñanza principal de este grado consiste en la Fidelidad a la obligación, así como la Constancia y Perseverancia antes las dificultades y el desaliento.

La Masonería está comprometida en su cruzada contra la ignorancia, la intolerancia, el fanatismo, la superstición, la falta de caridad y el error. No viaja por donde viaja el resto de la sociedad, sobre un mar en calma, con viento suave y favorable que le lleva a un puerto acogedor; sino que encuentra y debe vencer numerosas corrientes en contra, vientos erráticos y calmas muertas. Los principales obstáculos que se interponen ante su éxito son la apatía y falta de fe de sus propios hijos, que se revelan egoístas, así como la indiferencia supina del mundo. En el rugido, choque y vorágine de la vida y los negocios, y en el tumulto y fragor de la política, la sosegada voz de la Masonería permanece inaudita e ignorada.

La primera lección que aprende aquel que se compromete en este gran trabajo de reforma y beneficencia es que los hombres son esencialmente despreocupados, indiferentes y faltos de entusiasmo ante todo aquello que no afecte a su bienestar personal e inmediato. Las grandes obras humanas no se deben a los esfuerzos unidos de muchos, sino a las voluntades individuales. El entusiasta que imagina que puede inspirar con su propio entusiasmo a las multitudes que se arremolinan en torno a él, o incluso a los pocos que se han coaligado con él, está gravemente equivocado; y más a menudo la convicción de su propio error va seguida de abatimiento y disgusto. Llevar a cabo todo el esfuerzo, hacerlo todo, sufrirlo todo y, por fin, cuando a pesar de todos los obstáculos y rémoras el éxito ha sido alcanzado y se ha realizado un gran trabajo, contemplar a aquellos que se oponían u observaban fríamente la labor reclamando y obteniendo toda la alabanza y la recompensa es el habitual y casi universal premio para esta clase de benefactores.

Aquel que osa servir, mejorar y beneficiar al mundo, es como un nadador que lucha contra una rápida corriente en un río convertido en olas enfurecidas por los vientos. Con frecuencia rugen sobre su cabeza, con frecuencia le echan atrás y lo

aturden. La mayoría de los hombres se abandonan a la fuerza de la corriente, que les lleva flotando a la orilla o les sumerge en los rápidos; y solo ocasionalmente un corazón fuerte y unos brazos vigorosos continúan luchando hasta el éxito final.

Es lo inánime y lo inmóvil lo que más retarda y entorpece la corriente del progreso; la roca sólida o el estúpido árbol muerto, enraizado firmemente en el suelo, y alrededor del cual el río serpentea y se retuerce; e igualmente los masones que dudan, titubean y están descorazonados, que no creen en la capacidad del hombre para mejorar, que no están dispuestos a esforzarse y trabajar por el interés y bienestar de la humanidad, que esperan que otros lo hagan todo, incluso aquello a lo que ellos no se oponen ni critican, mientras ellos se sientan, aplaudiendo o sin hacer nada, o quizá vaticinando el fracaso.

Había muchos de ellos en la reconstrucción del Templo. Había profetas del mal y de la desgracia, indiferentes, apáticos y fríos; los había que permanecían a un lado mirando, y aquellos que pensaban que habían servido lo suficientemente a Dios con aplaudir débilmente de vez en cuando. Habían cuervos graznando falsas profecías, y murmuradores que proclamaban la locura e

inutilidad del intento. El mundo está repleto de ellos, y siempre fueron tan abundantes como hoy. Pero por oscuras y desesperanzadoras que fuesen las expectativas, con indiferencia por dentro y amarga oposición fuera, nuestros antiguos hermanos perseveraron. Mantengamos el recuerdo de su compromiso en el buen trabajo, y cuando quiera que nos acontezca, como le sucedió a ellos, que el éxito es incierto, lejano y dudoso, recordemos que la única pregunta que deberemos pronunciar será, como verdaderos hombres y masones, qué es lo que el Deber requiere, y no cuál será el resultado y nuestra recompensa si cumplimos con nuestro deber. ¡Sigamos trabajando, con la Espada en una mano y la Paleta en la otra!

La Masonería enseña que Dios es un Ser Paternal, y que tiene interés en sus criaturas, tal y como se expresa en el título *Padre*; un interés desconocido para todos los sistemas paganos, ignorantes de las teorías de la Filosofía; un interés que alcanza no solo a los seres gloriosos de otras esferas, a los Hijos de la Luz, moradores de los mundos Celestiales, sino también a nosotros, pobres, ignorantes e indignos. La Masonería enseña que Él ofrece piedad para el que yerra, perdón para el culpable, amor para el puro, conocimiento para el humilde, y una

promesa de vida inmortal para aquellos que confían en Él y Le obedecen.

Sin la creencia en Él, la vida es miserable, el mundo es oscuro, el Universo queda desprovisto de su esplendor, el encanto de la existencia se desvanece, la gran esperanza se pierde; y la mente, como una estrella sacada de un golpe fuera de su esfera, vaga errante a través del infinito desierto de las ideas, sin atracción, tendencia, destino ni fin.

La Masonería enseña que, de todos los sucesos y acontecimientos que tiene lugar en el universo de mundos y en la eterna sucesión del tiempo, no hay ninguno, ni siquiera el más insignificante, que no haya sido previsto por Dios con toda la minuciosidad de la visión inmediata, combinando todas la situaciones de forma que la libre voluntad del hombre sea su instrumento, al igual que el resto de fuerzas de la naturaleza. Enseña que el alma del hombre es creada por Él para un propósito; que, modelada en sus proporciones y esculpida en todas sus partes por una habilidad infinita, es una emanación de Su espíritu y su naturaleza. Tal es su artesanía, su modelado, su forma, su delicado equilibrio, su exquisita proporción en cada parte, que el pecado que se introduce en el alma acarrea miseria, que los pensamientos malvados caen sobre ella como

gotas de veneno; y los deseos culpables, al extender su vaho sobre sus delicadas fibras, provocan una plaga en ella tan mortal como la peste en el cuerpo. El alma está hecha para la virtud, no para el vicio; su fin es la pureza, el sosiego y la felicidad.

Antes subirían los cauces de agua desde los valles a la cima, se alejarían las olas furiosas y cesarían de azotar las costas y se detendrían las estrellas en su veloz curso, que cambiaría una ley de la Naturaleza. Y una de esas leyes, promulgada por la voz de Dios, que discurre por cada nervio y cada fibra, por cada fuerza y elemento de la constitución moral que Él nos ha otorgado, es que debemos ser rectos y virtuosos; que si somos tentados, debemos resistir; que debemos someter nuestras pasiones ingobernables, y tener cogidos en el puño nuestros apetitos sensuales. Y esto no es el dictado de una voluntad arbitraria, ni de una ley dura e impracticable; sino que es parte de la gran ley de la armonía que mantiene al universo unido. No es la emanación de una voluntad caprichosa, sino el dictado de la Infinita Sabiduría.

Sabemos que Dios es bueno, y que lo que Él hace es correcto. Una vez sabido esto, los trabajos de la creación, los cambios de la vida y los destinos de la Eternidad se extienden ante

nosotros como dispensaciones y consejos de amor infinito. Una vez sabido esto, sabemos que el amor de Dios trabaja para producir efectos, como Él mismo, más allá de todo pensamiento e imaginación de bondad y gloria; y la única razón por la que no Le comprendemos, es porque es demasiado glorioso para que sea comprensible. El amor de Dios vela por todos, y nada niega. Contempla a todos, provee a todos y su justicia infinita reina para todos: para los ancianos, para la infancia, para la madurez, para la juventud; en cada situación de este o de otros mundos; para el deseo, la debilidad, la alegría, el dolor, e incluso el pecado. Todo es bueno, está bien y es correcto, y así será por toda la eternidad. La luz de la Beneficencia de Dios brillará por siempre jamás, revelándolo todo, consumándolo todo, otorgando toda recompensa merecida. Entonces veremos lo que ahora solo podemos creer. La nube se disipará, la puerta del misterio se traspasará, y la luz brillará para siempre; la Luz de la que la luz de la logia es un símbolo. Y lo que nos causó pesar nos deparará triunfo; y lo que hizo a nuestro corazón sufrir nos llenará de alegría; y entonces sentiremos que allí, como aquí, la única felicidad verdadera consiste en aprender, avanzar y mejorar; lo que no podría ser salvo comenzando por el error, la ignorancia y la imperfección.

Debemos pasar a través de la oscuridad para alcanzar finalmente la Luz.

XVI

Príncipe de Jerusalén

Ya no esperamos reconstruir el Templo de Jerusalén, que para los masones no es sino un símbolo. Para nosotros el mundo entero es el Templo de Dios, como lo es todo corazón puro. Construir ese Templo, que es el preferido por Dios, y en el que la Masonería está ahora ocupada, consiste en establecer sobre todo el orbe la Nueva Ley y el Reino del Amor, la Paz, la Caridad y la Tolerancia. No se trata de devolver a Jerusalén su protagonismo litúrgico, ni de ofrendar sacrificios y derramar sangre para obtener el favor de la Deidad, pues el hombre puede hacer de los bosques y las montañas sus Iglesias y Templos y adorar a Dios con devota gratitud y obras de caridad y beneficencia hacia el

prójimo. Siempre que un corazón humilde y contrito ofrece silenciosamente su adoración bajo los árboles, en las praderas, en las colinas, en las cañadas, o en las calles repletas de gente, ahí está la Casa de Dios y la Nueva Jerusalén.

Los Príncipes de Jerusalén ya no se sientan como magistrados para juzgar los asuntos del pueblo, ni su número está limitado a cinco. Pero sus deberes permanecen sustancialmente iguales y sus insignias y símbolos mantienen su antiguo significado. La Justicia y la Equidad son todavía sus características. Reconciliar disputas y cerrar disensiones, restaurar la amistad y la paz, aplacar los disgustos y suavizar los prejuicios son sus peculiares deberes; y ellos saben que los pacificadores gozan de la bendición de Dios.

Sus emblemas ya han sido explicados. Son parte del lenguaje de la Masonería, igual ahora que cuando Moisés los aprendió de los hierofantes egipcios. Contemplaremos el espíritu de la Ley Divina tal y como fue enunciado a nuestros antiguos hermanos cuando el templo sea reconstruido y el Libro de la Ley sea abierto de nuevo: "Que cada hombre juzgue con honradez, y muestre piedad y compasión con sus hermanos. Que no aflija ni a la viuda ni al huérfano, ni al

extranjero ni al pobre, y que no nazca en su corazón el odio contra su hermano. Que el hombre diga siempre la verdad a su prójimo, y que no levante falso testimonio ni jure en falso, pues estas son las cosas que detesto", dijo el Señor. "He aquí que un rey reinará según la justicia, y los magistrados gobernarán según el derecho. Y aquel hombre será como un abrigo contra el viento y como un refugio contra la tempestad. Será como corriente de agua en tierra de sequedad, como la sombra de un gran peñasco en una tierra sedienta. Entonces no se cerrarán los ojos de los que ven, y los oídos de los que oyen estarán atentos. El efecto de la justicia será la paz; el resultado de la justicia será tranquilidad y seguridad para siempre. Y la Sabiduría y el Conocimiento sentarán la base de la firmeza de esa época. Caminad en justicia y hablad en justicia, no hagáis oídos sordos a los gritos de los oprimidos, ni cerréis lo ojos para no ver los crímenes de los grandes, y viviréis en lo alto, y vuestro lugar será una fortaleza defendida por las rocas".

¡No olvides estos preceptos de la vieja Ley; y especialmente no olvides, conforme avances, que cada masón, por humilde que sea, es tu hermano, y que el obrero es tu compañero! Recuerda siempre que la Masonería es trabajo, y que la Paleta es

emblema de los grados de este Capítulo. El trabajo, cuando es debidamente comprendido, es tan digno como ennoblecedor, y su misión es desarrollar la naturaleza espiritual y moral del hombre, por lo que nunca debe ser considerado una desgracia o una calamidad.

Todo lo que nos rodea es, tanto en su comportamiento como en sus influencias, de índole moral. La serena y luminosa mañana, cuando recuperamos nuestra conciencia desde los brazos del sueño; cuando, desde esa imagen de la Muerte, Dios nos llama a una nueva vida, y de nuevo nos otorga la existencia, y Sus dones nos llegan en cada rayo brillante y en cada pensamiento feliz, reclamando gratitud y satisfacción; el santo atardecer, su brisa refrescante, sus sombras alargadas, su momento sosegado y sobrio, el tórrido mediodía y la imponente y solemne medianoche; y la Primavera, y el Otoño, con sus hojas secas, y el Verano, que abre nuestras puertas y nos hace salir a contemplar las renovadas maravillas del Mundo. Y el invierno, que nos reúne en torno al fuego del hogar al caer el Sol. Todos estos acontecimientos, conforme acaecen, provocan reacciones en nuestra vida espiritual, a la que conducen al bien o al mal. Con frecuencia la manecilla pequeña del reloj señala a algo dentro de nosotros, y la

sombra del analema en el dial a menudo cae sobre la conciencia.

Una vida de trabajo no supone un estado de inferioridad o degradación. El Todopoderoso no ha dispuesto la condición del hombre bajo las sombras tranquilas, o entre los agradables bosques o encantadoras colinas, sin ninguna misión que llevar a cabo, sin nada más que hacer que levantarse y comer, y holgazanear y descansar. Él ha ordenado que se realice Trabajo en cada entorno de la vida, en cada campo productivo, en cada ciudad ocupada, y en cada ola de cada océano. Y lo ha dispuesto así porque se ha complacido en otorgar al hombre una naturaleza destinada a fines más elevados que el reposo indolente y la pereza irresponsable y sin provecho; y porque, para desarrollar las energías de tal naturaleza, el trabajo era el elemento necesario y apropiado. Podríamos preguntarnos también por qué no pudo hacer que dos más dos fuesen seis, igual que por qué no ha querido desplegar estas energías sin el papel instrumental del trabajo. Tan imposible es lo uno como lo otro.

Esto enseña la Masonería como una gran Verdad; estamos ante un gran lindero moral que debería guiar el curso de toda la humanidad. La Masonería enseña a sus afanosos hijos que el escenario de su día a día es totalmente espiritual,

que el fruto de su esfuerzo, los productos que tejen y las mercancías que venden han sido designados para fines espirituales. Y creyéndolo así, el trabajo diario puede ser una esfera apropiada para el más noble desarrollo y mejora. La Masonería enseña que lo que hacemos en nuestros intervalos de descanso, la asistencia a la iglesia y la lectura de libros están especialmente designados para preparar nuestra mente para la *acción* de la Vida. Tenemos que escuchar, leer y meditar para *actuar* bien, y la *acción* de la Vida es por sí misma el gran campo para la mejora espiritual. No hay tarea en la industria o en el negocio, en el campo o en el bosque, en el muelle o en la cubierta del barco, en la oficina o en el mercado, que no tenga una finalidad espiritual. No debe haber preocupación ni pesar en nuestro trabajo diario, pues fue especialmente destinado para hacer crecer en nosotros la paciencia, la calma, la resolución, la perseverancia, la amabilidad, la generosidad y la magnanimidad. No hay ningún trabajo o esfuerzo que no forme parte de un gran plan espiritual.

Todas las relaciones de la vida, la del padre, hijo, hermano, hermana, amigo, socio, amante y amado, marido y esposa, son esencialmente morales a través de cada lazo vivo y cada nervio vigoroso que los une. No podrían perdurar ni una

hora sin confiar en su verdad, su fidelidad, su templanza y su generosidad.

Una gran ciudad es un gigantesco escenario de acción moral. Nada sucede en ella por azar, sino que todo tiene un propósito final que puede ser bueno o malo, y por lo tanto es de índole moral. No se lleva a cabo una acción sin que haya un motivo, y los motivos caen específicamente bajo la jurisdicción de la moralidad. Los enseres, casas y mobiliario son símbolos de lo que es moral, y por un millón de formas disponen nuestros buenos o malos sentimientos. Todo lo que nos pertenece y colabora a nuestro confort o lujo despierta en nosotros emociones de orgullo o gratitud, de egoísmo o de vanidad, pensamientos de autoindulgencia o recuerdos de los necesitados o desposeídos.

Todo actúa sobre nosotros y nos influye. La gran Ley de Dios de la simpatía y la armonía es potente e inflexible como su ley de la gravitación. Una frase que encierre un noble pensamiento inflama nuestra sangre; un ruido causado por un niño nos turba y exaspera, e influencia nuestras acciones. Un mundo de objetos espirituales, influencias y relaciones descansa a nuestro alrededor, un mundo del que somos vagamente conscientes. Pero aquel que vive únicamente una vida ascética, como el genio de inspiración

poética, que se haya en comunión con el universo espiritual que le rodea, escucha la voz del espíritu en cada sonido, contempla sus signos en cada forma efímera de las cosas, y siente su impulso en cada acción, cada pasión y cada ser. Muy cerca de nosotros yacen las minas de la Sabiduría, que nos rodean sin que lo sospechemos. Hay un secreto en las cosas más sencillas, una maravilla en las más simples, un encantamiento en lo más sosegado.

Somos buscadores de maravillas. Viajamos lejos para contemplar la majestad de unas viejas ruinas, la forma venerable de unas montañas plateadas por la nieve, grandes cascadas y galerías de arte. Y aun así la mayor maravilla del mundo se halla en torno a nosotros. La maravilla del sol poniente, de las estrellas nocturnas, de la mágica primavera, el florecer de los árboles, las extrañas transformaciones de la polilla; la maravilla de la Infinita Divinidad y su revelación sin fin. No hay mayor esplendor que el que anuncia Su trono matutino en el Este dorado. No hay cúpula más sublime que la del Cielo, ninguna belleza tan hermosa como la de la Tierra cuando reverdece y la flor brota; ningún lugar, por muy investido que esté por las santidades de los tiempos pasados, tan bello como aquel donde reina la paz y que está protegido por la más

humilde valla y tejado. Y todos estos no son sino símbolos de cosas más grandes y más elevadas, pues no son sino la vestimenta de lo espiritual. En este ropaje temporal se envuelve la naturaleza inmortal; en estas circunstancias y forma se revela la asombrosa realidad. ¡Que el hombre sea, como es, un alma viva, en comunión con Dios, y que su visión se vuelva eterna, su morada, la infinitud, y su hogar un regazo de amor que alcance a toda la humanidad! La lucha moral se presenta en las situaciones más humildes igual que en las más grandiosas. Un corazón humano palpita bajo la gabardina del mendigo; un corazón como el que late bajo la capa del príncipe. La belleza del amor, el encanto de la amistad, la santidad del dolor, el heroísmo de la paciencia, el noble sacrificio, aquí e igualmente allí, hacen que la vida sea realmente vida, y constituyen su grandeza y su poder. Son los tesoros de valor incalculable y gloria de la humanidad, y no dependen de la condición social. Todos los lugares y situaciones están igualmente revestidos de la grandeza y el ornato de estas virtudes. Nos acontecerán millones de ocasiones en los senderos habituales de la vida, en nuestros hogares y junto al fuego, en las que podremos actuar tan noblemente como si, durante toda nuestra vida, hubiésemos conducido ejércitos, ocupado un escaño en el senado o

visitado camas de enfermos dolientes. A cada hora nos enfrentaremos a millones de ocasiones en las que podemos someter nuestras pasiones, sojuzgar nuestro corazón, renunciar a nuestro propio interés en beneficio de otro, pronunciar palabras de amabilidad y sabiduría, levantar al caído, reconfortar al débil y enfermo de espíritu y suavizar y atemperar la carga y la amargura de la vida mortal. Cada masón tendrá suficientes oportunidades de llevar a cabo toda esta labor. Y sus actos no estarán inscritos en su tumba, sino grabados en la profundidad del corazón de los hombres, de los amigos, de los hijos, de los familiares que le rodeen, y en el gran libro de la contabilidad, en las eternas influencias, y en las grandes páginas del Universo.

¡Aspiremos, hermanos míos, por lo menos a tal destino! ¡Esforcémonos por cumplir estas leyes de la Masonería! Y así nuestros corazones se convertirán en verdaderos templos del Dios Vivo. Y que Él inflame nuestro celo, sostenga nuestras esperanzas y nos asegure el éxito.

XVII
Caballero del Este y del Oeste

Este es el primero de los Grados Filosóficos del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, y el comienzo de un curso de instrucción que os desvelará por completo el corazón y los misterios más profundos de la Masonería. No os desaniméis si ya habéis estado a menudo a punto de alcanzar la luz más oculta, y tantas veces habéis quedado decepcionados. En todo tiempo, la verdad ha estado escondida bajo símbolos, y con frecuencia bajo una sucesión de alegorías, donde un velo tras otro debe ser penetrado para finalmente alcanzar la Luz y para que la verdad esencial sea revelada. La Luz Humana no es sino un imperfecto reflejo de un rayo de la Luz Infinita y Divina.

Vamos a aproximarnos a aquellas antiguas religiones que antaño gobernaron las mentes de los hombres, y cuyas ruinas ornan la historia del pasado, como las columnas derruidas de Palmira y Tadmor yacen deshaciéndose en las arenas del Desierto. Se levantan ante nosotros esos credos antiguos, extraños y misteriosos, velados en las brumas de la antigüedad y que se pierden en la noche de los tiempos; y formas de belleza extraña, salvaje y sobrecogedora mezcladas con hordas de

formas monstruosas, grotescas y terribles.

La religión enseñada por Moisés y que, al igual que las leyes de Egipto, enunciaba el principio de exclusividad, tomó prestados en cada periodo de su existencia elementos de todos los credos con los que estuvo en contacto. Por medio de los estudios de los ilustrados y los sabios, se enriqueció con los más admirables principios de las religiones de Egipto y Asia, pero fue cambiando conforme a la voluntad errática del Pueblo, y sustituyendo esos principios por todo aquello que era más impuro y seductor para las costumbres y supersticiones paganas. Era una cosa en los tiempos de Moisés y Aarón, otra en la época de David y Salomón, y otra distinta en la de Daniel y Filón.

En el tiempo en que Juan el Bautista apareció en el desierto, cerca de las costas del mar Muerto, todos los viejos sistemas religiosos y filosóficos se estaban aproximando unos a otros. Una indiferencia general inclinó las mentes hacia la tranquilidad de esa amalgama de doctrinas; amalgama que había sido propiciada por las expediciones de Alejandro Magno y otros acontecimientos de índole más pacífica, como el establecimiento en Asia y África de dinastías y colonias griegas. Tras la mezcla de diferentes naciones como resultado de las guerras de

Alejandro Magno en tres cuartas partes del globo, las doctrinas griegas, egipcias, persas e indias se fusionaron e impregnaron al resto. Todas las barreras que habían mantenido las naciones separadas se vinieron abajo; y mientras los pueblos de Occidente rápidamente acomodaron sus credos a los contenidos orientales, las poblaciones del Este se apresuraron a aprender las tradiciones de Roma y las leyendas de Atenas. Si los filósofos griegos, todos más o menos platónicos (con la excepción de los discípulos de Epicuro) se aferraron gustosamente a las creencias y doctrinas orientales, los judíos y los egipcios (antaño los más exclusivos de todos los pueblos), sucumbieron a ese eclecticismo imperante entre sus señores griegos y romanos.

Bajo las mismas influencias de tolerancia, incluso aquellos que abrazaron el cristianismo aunaron lo viejo y lo nuevo, el cristianismo y la filosofía, las enseñanzas apostólicas y las tradiciones mitológicas. El hombre reflexivo, devoto de un sistema, raramente lo reemplaza por otro en toda su pureza. La gente acepta el credo que se le ofrece. Igualmente, la distinción entre doctrina esotérica y exotérica, inmemorial en otros credos, rápidamente se abrió paso entre muchos cristianos, que sostuvieron, incluso durante la prédica de Pablo, que los escritos de

los apóstoles estaba incompletos, y que contenían únicamente el germen de otra doctrina que no solo bebía del sistema establecido, que era deficiente, sino también del desarrollo de lo que yacía oculto en él. Los escritos de los apóstoles, afirmaban, al dirigirse a la humanidad en general, enunciaban únicamente los artículos de la fe vulgar; pero transmitían los misterios del Conocimiento a las mentes superiores, a los Elegidos (misterios transmitidos de generación en generación a través de las tradiciones esotéricas). Y a esta ciencia de los misterios le dieron el nombre de Gnosis (Γνωσις).

Los Gnósticos derivaron sus doctrinas e ideas principales de Platón y Filón, del Zend-Avesta y la Cábala, y de los libros sagrados de la India y Egipto; y así introdujeron en el seno del cristianismo la especulación cosmológica y teosófica que había formado el cuerpo principal de las antiguas religiones orientales, junto con doctrinas egipcias, griegas y hebreas, que los neoplatónicos habían adoptado igualmente en Occidente. La concepción de todos los seres como emanaciones de la Deidad, el tránsito progresivo de estos seres de emanación a emanación, redención y retorno a toda la pureza del Creador; y, tras el restablecimiento de la primitiva armonía, la restauración de la verdadera

condición divina en todos, en el seno de Dios. Estas eran las enseñanzas fundamentales del Gnosticismo.

El genio oriental, con sus contemplaciones, irradiaciones e intuiciones, dictaba las doctrinas. Su lenguaje se correspondía con su origen. Repleto de imaginería, contaba con toda la magnificencia, las inconsistencias y la movilidad del estilo figurativo. Contempla, decían, la luz, que emana de un inmenso centro de Luz que la derrama por todas partes con sus rayos benevolentes; y así emanan los espíritus de luz de la Luz Divina. Contempla todas las fuentes que nutren, embellecen, fertilizan y purifican la Tierra: todas emanan de un solo océano; y así del interior de la Divinidad emanan tantas corrientes, que forman y llenan el universo de inteligencias. Contempla los números, que aunque emanan todos de un número primitivo, todos se parecen, todos están compuestos en su esencia y varían de forma infinita; y las palabras, descompuestas en tantas sílabas y elementos, todos contenidos en la primitiva Palabra, y aun así infinitamente variadas; así sucede con el mundo de las Inteligencias emanadas de la Inteligencia Primaria, que todas se parecen a ella, y sin embargo desarrollan una infinita variedad de existencias. La Gnosis revivió y combinó las

antiguas doctrinas de Oriente y Occidente, y encontró en numerosos pasajes de los Evangelios y las Epístolas la patente para comportarse así. El mismo Jesucristo hablaba en parábolas y alegorías; Juan tomó prestado el enigmático lenguaje de los platónicos, y Pablo se permitió rapsodias incomprensibles, cuyo significado únicamente resulta inteligible para los iniciados.

Se admite que la cuna del Gnosticismo debe buscarse en Siria, e incluso en Palestina. La mayor parte de sus autores escribía en esa forma corrompida del griego que usaban los judíos helenizados, y que es la empleada en la Septuaginta y en el Nuevo Testamento; y había una sorprendente similitud entre sus doctrinas y las promulgadas por el judío egipcio Filón de Alejandría, ciudad que albergó tres escuelas, a la vez filosóficas y religiosas: la Griega, la Egipcia y la Hebrea.

Pitágoras y Platón, los más místicos de los filósofos griegos (siendo el segundo heredero del primero), y que habían viajado, Platón a Egipto y Pitágoras a Fenicia, la India y Persia, habían enseñado ambos la doctrina esotérica, así como la distinción entre el iniciado y el profano. Las doctrinas predominantes en el Platonismo ya

aparecen en el Gnosticismo. La emanación de Inteligencias del seno de la Deidad; el extravío en el error y los sufrimientos del espíritu debido a su lejanía de Dios y a su condición de prisionero de la materia; los esfuerzos vanos y continuados por alcanzar el conocimiento de la Verdad y retomar la unión primitiva con el Ser Supremo; la coexistencia de un alma pura y divina con una alma irracional, sede de deseos perversos; ángeles o demonios que moran en los planetas y los gobiernan, sin tener más que un conocimiento imperfecto de las ideas que rigen la creación; la regeneración de todos los seres por su retorno al *Cosmos Noetos* (κοσμος νοητος), el Mundo de las Inteligencias, y a su Fuente, el Ser Supremo, como único modo de restablecer la armonía primitiva de la Creación, expresada bajo la imagen pitagórica de la "Armonía de las Esferas". Estas eran las analogías de los dos sistemas, y descubrimos en ellos algunas de las ideas que figuran en la Masonería, si bien en la actual condición mutilada de los grados simbólicos resultan disfrazadas y recubiertas de ficción y absurdo, o se presentan como pistas accidentales que resultan habitualmente ignoradas.

La distinción entre doctrinas esotéricas y exotéricas fue preservada por los griegos siempre y desde los tiempos más remotos. Se remontaba a

los fabulosos tiempos de Orfeo, encontrándose los misterios de la Teosofía en todas sus tradiciones y mitos. Tras el tiempo de Alejandro, los griegos abastecieron de instrucción, enseñanza y misterios a todas las escuelas, de Egipto y Asia, de la antigua Tracia, Sicilia, Etruria y la Ática.

La Escuela Grecojudaica de Alejandría es conocida únicamente por dos de sus exponentes: Aristóbulo y Filón, ambos hebreos de Alejandría. Asiáticos de origen, egipcios por residencia y griegos por idioma y estudios, se esforzaron por demostrar que todas las verdades incluidas en las filosofías de otras naciones habían sido trasplantadas desde Palestina. Aristóbulo afirmó que todos los hechos y detalles de las Sagradas Escrituras hebreas eran en realidad alegorías que ocultaban significados más profundos, y que Platón había tomado prestado de ellas sus ideas más excelentes. Filón, que vivió un siglo más tarde que Aristóbulo, siguiendo la misma línea, intentó demostrar que las Escrituras Hebreas, por su sistema de alegorías, constituían la verdadera fuente de todas las doctrinas religiosas y filosóficas. Según él, el sentido literal de las Escrituras es únicamente para el vulgo. Quien quiera que ha meditado sobre la Filosofía, se ha purificado por la virtud y se ha elevado a la

contemplación de Dios y del Mundo Intelectual, y ha recibido su inspiración, atraviesa el significado literal de las palabras y descubre un orden totalmente diferente de cosas, y es iniciado en los Misterios, de los que la instrucción elemental o literal no ofrece sino una imagen imperfecta. Un hecho histórico, una figura, una palabra, una letra, un número, un rito, una tradición, la parábola o visión de un profeta, velan verdades más profundas; y aquel que tiene la llave de la Ciencia lo interpretará todo conforme a la luz que posea. Encontramos de nuevo el simbolismo de la Masonería, y la búsqueda de la luz por parte del candidato. Dice Filón: "que el hombre de mente estrecha se retire con los oídos cerrados. Nosotros transmitimos los Divinos Misterios a aquellos que han recibido la Sagrada Iniciación, a aquellos que practican la verdadera piedad y que no son esclavos de las trampas vacías de las palabras ni de las opiniones preconcebidas de los paganos". Para Filón, el Ser Supremo era la Luz Primitiva, o el Arquetipo de la Luz, fuente de donde emanan los rayos que iluminan las almas. Él mismo es la plenitud y límite de su Ser. Sus poderes y virtudes llenan y penetran todo. Estos Poderes, *dinameis* (Δυναμεις), son Espíritus distintos de Dios, las *Ideas* de Platón personificadas. El Ser Supremo

no tiene principio, y vive en el prototipo del Tiempo, *Eón* (αιων). Su imagen es La Palabra, *Logos* (Λογος), una forma más brillante que el fuego, pero que no es la Pura Luz. Este *Logos* mora en Dios, pues el Ser Supremo concibe en Su Inteligencia las imágenes e ideas de todo lo que ha de convertirse en realidad en este Mundo. El *Logos* es el vehículo por el que Dios actúa en el Universo, y puede ser comparado con el discurso y habla del hombre.

Siendo el Logos el Mundo de las Ideas, *Cosmos Noetos* (κοσμος νοητος), por medio del cual Dios ha creado las cosas visibles, Él es el dios más antiguo, en comparación con el Mundo, que es la producción, más joven. El Logos, *Jefe de Inteligencia*, de la que Él es el representante general, es llamado *Arcángel*, modelo y representante de todos los espíritus, incluso de aquellos que son mortales. Es igualmente el arquetipo de la humanidad y del hombre primordial, Adam Kadmon.

Solo Dios es sabio. La sabiduría del hombre no es más que reflejo e imagen de la sabiduría de Dios. Él es el Padre, y Su Sabiduría es la madre de la Creación. Pues Él se unió a Sí Mismo con la Sabiduría, Sofía (Σοφια), y le comunicó el germen de la Creación, haciendo manifestarse el mundo material. Dios creó únicamente el mundo

ideal, y estableció que el mundo material se hiciese real según ese modelo y por medio de su Logos, que es su Discurso, y al mismo tiempo la Idea de Ideas, el Mundo Intelectual. La Ciudad Intelectual no era sino el Pensamiento del Gran Arquitecto Del Universo, que concibió la Creación conforme al plan de la Ciudad Material. La Palabra no es únicamente el elemento creador, sino que ocupa el lugar del Ser Supremo. A través de Ella operan todas las potencias y atributos de Dios. Por otra parte, como primera representante de la Familia Humana, es su Protectora y su Pastora.

Dios otorga al hombre el Alma o Inteligencia, que existe antes que el cuerpo, y con el cual lo une. El Principio razonador proviene de Dios a través de la Palabra, y comparte la naturaleza de ambos; pero hay también un Principio irracional, el de las inclinaciones o pasiones que producen desorden, que emana de los espíritus inferiores que llenan el aire como ministros de Dios. El cuerpo, tomado de la Tierra, y el Principio irracional que lo anima conjuntamente con el Principio racional, son rechazados por Dios, mientras que el alma racional que Él le ha dado se encuentra cautiva en su prisión, en ese ataúd que la oprime. La actual condición del hombre no es su condición primitiva, la que tenía cuando era

imagen del Logos. El hombre ha caído de su estado prístino. Pero puede elevarse de nuevo, siguiendo las directrices de la Sabiduría (Σοφια) y de los Ángeles que Dios ha dispuesto para ayudarle a liberarse de las cadenas del cuerpo y para combatir el Mal, cuya existencia ha sido permitida por Dios *para proporcionarle los medios de ejercitar su libertad*. Las almas que están purificadas, no por la ley sino por la Luz, se elevan a las regiones celestiales para disfrutar de una felicidad perfecta. Aquellos que perseveran en el mal migran de cuerpo en cuerpo, pues el cuerpo es sede de pasiones y deseos malvados. El linaje de estas doctrinas será reconocido por todos aquellos que lean las epístolas de San Pablo, que escribió conforme a Filón, viviendo este último bajo el reinado de Calígula y siendo contemporáneo de Cristo.

Y el Masón está familiarizado con estas doctrinas de Filón: que el Ser Supremo es un Centro de Luz cuyos rayos o emanaciones inundan el Universo; que tal Luz es el objeto de cualquier viaje masónico, siendo el Sol y la Luna de nuestras logias únicamente representaciones. Que la Luz y la Oscuridad, enemigos irreconciliables desde el amanecer de los Tiempos, se disputan mutuamente el Imperio sobre el Mundo, lo que simbolizamos con el candidato errando en la

oscuridad y siendo traído a la Luz. Que el Mundo fue creado, no por el Ser Supremo, sino por un agente segundo, que no es sino su Palabra, el *Logos* (Λογος), y por arquetipos que no son sino sus ideas, siendo ayudada por una Inteligencia o Sabiduría, *Sofía* (Σοφια), que Le otorga uno de Sus Atributos, en el que percibimos el significado oculto de recuperar la Palabra, así como de las dos líneas paralelas que limitan el círculo que representa el Universo: que el mundo visible es una imagen del mundo invisible; que la esencia del Alma Humana es la imagen de Dios, y que esta existía antes que el cuerpo; que la razón de ser de su vida terrenal es desembarazarse de su cuerpo o sepulcro; y que el Alma ascenderá a las regiones celestiales una vez haya sido purificada. Lo que nos revela el significado, actualmente casi olvidado en nuestras logias, del procedimiento de preparación del candidato a ser Aprendiz, así como de sus pruebas y purificaciones durante el Primer Grado, según el Rito Escocés Antiguo y Aceptado.

Filón no incorporó a su eclecticismo elementos egipcios ni orientales. Pero había otros maestros hebreos de Alejandría que sí lo hicieron. Los judíos egipcios se sentían ligeramente celosos de los de Palestina, y también se mostraban algo hostiles, especialmente tras la erección del

santuario en Leontópolis por parte del Sumo Sacerdote Onías, y por ello admiraban y magnificaron a los sabios que, como Jeremías, habían residido en Egipto. *La Sabiduría de Salomón* fue escrita en Alejandría, y en tiempos de San Jerónimo era atribuido a Filón; pero contiene ideas que difieren de las suyas. Personifica la Sabiduría, y traza entre sus hijos y los profanos la misma línea de demarcación que Egipto había prescrito mucho antes a los hebreos. Esa distinción existía en el origen del credo mosaico. El mismo Moisés fue iniciado en los Misterios de Egipto, tal y como le correspondía en su condición de vástago adoptivo de la hija del Faraón, *Tueris*, hija de *Sesostris-Ramsés*; la cual, como su tumba y monumentos muestran, era, por derecho de su esposo infante, Regente del Bajo Egipto o del Delta, reinando en Heliópolis en tiempos del nacimiento del profeta hebreo. Ella era también, como los relieves de su tumba muestran, sacerdotisa de Hathor y Neit, las dos grandes diosas primigenias. Siendo Moisés su hijo adoptivo, viviendo en su palacio y en su presencia durante cuarenta años, y a duras penas familiarizado con sus hermanos ju- díos, la Ley de Egipto obligaba a su Iniciación. Y en muchas de sus disposiciones hallamos la intención de mantener la misma línea de separación entre el

vulgo y los iniciados que él encontró en Egipto. Tanto Moisés como Aarón, su hermano, así como la serie de Sumos Sacerdotes al completo, el Consejo de Setenta Ancianos, Salomón y toda la sucesión de profetas se hallaban en posesión de una Ciencia sublime; y la Masonería es, cuando menos, sucesora lineal de esa Ciencia, que era habitualmente conocida como *El Conocimiento del Mundo*.

Amón, al principio dios del Bajo Egipto únicamente, donde Moisés fue criado, era el Dios Supremo. Se le reconocía como *El Dios Celestial, que arroja Luz sobre las cosas ocultas*. Él era la fuente de esa vida divina, simbolizada por la cruz ansata, así como la fuente de todo poder. Amón sintetizaba todos los atributos que la antigua Teosofía oriental asignaba al ser supremo. Él era la Plenitud de las Cosas, *Pleroma* (πληρωμα), pues Él lo comprendía todo en Sí Mismo; y también era la Luz, pues era el Dios – Sol. Él era inalterable entre todo lo temporal y fenomenológico de sus mundos. No creaba nada, sino que todo *emanaba* de Él; y todos los demás dioses no eran sino manifestaciones de Él. El Carnero, que encontráis reproducido en este grado, descansando sobre el libro de siete sellos del tablero de trazos, era Su símbolo viviente. Él originó la creación del

mundo por el Pensamiento Primitivo, *Ennoia* (Εννοια), o Espíritu, *Pneuma* (Πνευμα), que emanaba de Él por medio de Su Voz o la Palabra; y cuyo Pensamiento o Espíritu era personificado como la diosa Neit. También ella era una divinidad de Luz, y madre del Sol; y la Fiesta de las Lámparas era celebrada en su honor en Sais. El Poder Creativo, otra manifestación de la Deidad, procediendo a la creación ya concebida de forma *Ideal* en Sí Misma (la Divina *Inteligencia*), produjo con su Palabra el Universo, simbolizado por un huevo saliendo de la boca de Kneph; huevo del que salió Pytha, imagen de la Suprema Inteligencia tal y como se concibe en el mundo, y arquetipo de la Inteligencia manifestada en el hombre; agente principal, también, de la Naturaleza, o Fuego Creativo o Productivo. Pu-Ra o Ra, el Sol o Luz Celestial, cuyo símbolo era , el punto dentro de un círculo, era el Hijo de Phta; y Tiphe, su esposa o firmamento celestial con los sietes cuerpos celestiales, animados por los espíritus de los genios que los gobiernan, era representada en muchos monumentos, revestida de azul o amarillo, con su vestido salpicado de estrellas, y acompañada por el Sol, la Luna y cinco planetas; y ella era el arquetipo de la Sabiduría, y ellos lo eran de los Siete Espíritus Planetarios de los

gnósticos, que junto a ella presidían y gobernaban el mundo sublunar. En este grado, y de forma desconocida para aquellos que lo han practicado durante cien años, los emblemas reproducidos se referían a estas viejas doctrinas. El cordero, los cinco festones que se derraman con estrellas, las siete columnas, candelabros y los sellos, todo nos remite a ellos. El León era el símbolo de Athom-Re, el Gran Dios del Alto Egipto: el Halcón era el símbolo de Ra o Phre: el Águila, de Mendes; el Toro, de Apis; y tres de estos aparecen bajo la plataforma de nuestro altar.

El primer Hermes era la Inteligencia o Palabra de Dios. Movido por la compasión ante una raza que vivía sin ley, y con la intención de mostrarles que ellos surgían de Su interior y para enseñarles el camino que debían seguir (y que quedó plasmado en los libros que el primer Hermes, que era uno con Enoch, había escrito acerca de los misterios de la Divina Ciencia en caracteres sagrados, desconocidos para aquellos que sobrevivieron al Diluvio), Dios envió a Osiris e Isis, acompañados por Thoth, encarnación o repetición terrestre del primer Hermes; los cuales enseñaron a los hombres las artes, la ciencia y las ceremonias del culto religioso; y entonces ascendieron al Cielo o a la Luna. Osiris era el Principio del Bien. Tifón, como Ahrimán, era el

principio y fuente de todo lo que es perverso en el orden físico y moral. Al igual que el Satán del Gnosticismo, fue confundido con la materia.

Los neoplatónicos tomaron de Egipto o Persia la idea (y los gnósticos la recibieron de ellos) de que el hombre, en su periplo terrestre, se halla sucesivamente bajo la influencia de la Luna, Mercurio, Venus, el Sol, Júpiter y Saturno, hasta que finalmente alcanza los Campos Elíseos; una idea simbolizada igualmente con los Siete Sellos.

Los judíos de Siria y Judea fueron los precursores directos del Gnosticismo, y en sus doctrinas había gran presencia de elementos orientales. Estos hebreos habían tenido con Oriente una íntima conexión en dos períodos distintos, familiarizándose con las doctrinas de Asia, especialmente de Caldea y Persia (esta obligada residencia en Asia Central bajo asirios y persas, así como su voluntaria dispersión sobre la totalidad de Oriente, se produjo cuando estuvieron sometidos a los poderes seleúcida y romano). Tras una estancia de casi dos tercios de siglo, y muchos hebreos más tiempo aún, en Mesopotamia, la cuna de su raza, hablando el mismo idioma y criando sus hijos juntos con los caldeos, asirios, medos y persas, y poniéndoles nombres orientales (como es el caso de Danayal, que fue llamado Bæltasatsar), era inevitable que

adoptasen muchas de las doctrinas de sus conquistadores. Sus descendientes, como nos muestran Esdras y Nehemías, apenas deseaban abandonar Persia en el momento en que fueron autorizados a hacerlo. Contaban con un fuero especial, con jueces y gobernadores extraídos de su propio pueblo. Muchos de ellos ostentaban altos cargos, y sus hijos habían sido educados con los de la más alta nobleza. Danayal era amigo y ministro del rey, y Jefe del Colegio de Magos de Babilonia; si concedemos crédito al libro que lleva su nombre, y consideramos verosímiles los acontecimientos narrados en ese estilo tan alegórico como imaginativo, también Mordecai ocupaba algún alto cargo no menor al de Primer Ministro, y Esther (o Astar), su prima, era la esposa del monarca.

Los Magos de Babilonia eran expertos en los escritos simbólicos y metafóricos, y se consideraban intérpretes de la Naturaleza y de los sueños, astrónomos y adivinos; y a partir de su influencia germinaron entre los judíos, una vez finalizado su exilio en Babilonia, una serie de sectas que propugnaban un nuevo planteamiento, una interpretación mística, con todas sus peculiaridades e infinitos caprichos. Los *Eones* de los gnósticos, las *Ideas* de Platón, los *Ángeles* de los hebreos y los *Demonios* de los griegos,

todos se correspondían con los *Farohars* de Zaratustra.

Un gran número de familias judías permanecieron en su nuevo país, y una de las más celebradas de sus escuelas fue Babilonia. Se familiarizaron pronto con la doctrina de Zaratustra, en sí misma más antigua que el mismo Ciro. Tomaron prestado del Zend-Avesta, y por consiguiente desarrollaron ampliamente, todo lo que podía ser consistente con su propia fe; y estas adiciones a la vieja doctrina se extendieron rápidamente, por el constante intercambio comercial, en Siria y Palestina.

En el Zend-Avesta, Dios es Eterno en el tiempo. No se le puede asignar origen. Él está tan envuelto en Su gloria, y Su naturaleza y atributos resultan tan inaccesibles a la inteligencia humana, que únicamente puede ser objeto de una silenciosa veneración. La Creación tuvo lugar por emanación de Él. Su primera emanación fue la Luz primitiva, y de ella surgió el Rey de la Luz, Ormuz. Por medio de la *Palabra*, Ormuz creó el mundo puro. Ella es su preservadora y jueza; un Ser Santo y Celestial, Inteligencia y Conocimiento; el Primer nacido del Tiempo sin límites, e investido con todos los poderes del Ser Supremo. En realidad la Palabra es, hablando con propiedad, el Cuarto Ser. Ella tenía un *Farohar*,

un alma preexistente (en el lenguaje de Platón, un *arquetipo* o *ideal*); y se dice de la Palabra que existía desde el principio, en la Luz primitiva. Pero, no siendo esa Luz sino un elemento, y Su Farohar un arquetipo, Ella es, en lenguaje ordinario, el Primer Nacido de Zerván-Akerene. Contempla de nuevo *La Palabra* de la Masonería, el *Hombre* sobre el tablero de trazos de este grado; la Luz hacia la que todos los masones viajan. Zerván-Akerene creó, a su propia imagen, seis genios llamados *Ameshas Spentas*, que rodean su trono y son sus órganos de comunicación con los espíritus inferiores y los hombres. Le transmiten las súplicas y solicitan sus favores, y sirven a los hombres como modelos de pureza y perfección. Así tenemos el Demiurgo del Gnosticismo y los seis genios que Le asisten. Estos son los Arcángeles hebreos de los Planetas. Los nombres de estos Ameshas Spentas son *Vohu Mano* (Buen Pensamiento), *Asha Vahista* (Mejor Rectitud), *Shathra Varya* (Imperio Deseable), *Spenta Armaiti* (Benéfico Pensamiento Perfecto), *Ghorvadad* (Integridad) y *Ameredad* (No-Muerte). El cuarto, el Santo *Spenta Armaiti*, creó al primer hombre y la primera mujer.

Entonces Ormuz creó veintiocho *Yazatas*, de los que Mitra era el jefe. Ellos velaban, con Ormuz y los *Ameshas Spentas*, por la felicidad, pureza y

preservación del mundo, que se hallaba bajo su gobierno; y también eran modelos para la humanidad e intérpretes de sus oraciones. Con Mitra y Ormuz constituyen un *pleroma* (o número completo) de treinta, que se corresponden a los treinta *Eones* de los gnósticos y al *ogdoade dodecade* y *década* de los egipcios. Mitra era el Dios-Sol, al que se invocaba de forma conjunta y con el que pronto se confundió, convirtiéndose en objeto de un intenso culto y eclipsando al mismo Ormuz. El tercer orden de espíritus puros es más numeroso. Son los Farohars, los Pensamientos de Ormuz, o las Ideas que concibió antes de proceder a la creación de las cosas. También son superiores a los hombres. Les protegen durante su vida en la Tierra, y les purificarán de sus males en el momento de la Resurrección. Son y serán sus genios tutelares desde el momento de la Caída hasta el de la completa regeneración.

Ahrimán, Segundo-Nacido de la Luz Primitiva, emanó de ella puro como Ormuz; pero orgulloso y de naturaleza ambiciosa, sintió celos del Primer-Nacido. Por su odio y soberbia, el Eterno le condenó a morar durante 12.000 años en esa parte del espacio donde no alcanza la luz, el negro imperio de la oscuridad. Tras ese período de 12.000 años finalizará la lucha entre Luz y Oscuridad, entre el Bien y el Mal.

Ahrimán se negó a obedecer, y plantó cara a Ormuz. A los buenos espíritus creados por su Hermano, él opuso un innumerable ejército de espíritus malos. A los siete *Ameshas Spentas* él opuso siete *Archidevas*, asignados a los siete planetas; a los *Yazatas* y *Farohars* opuso un número igual de *Devas*, que hicieron brotar en el mundo todos los males morales y físicos. Así nacieron la Pobreza, la Enfermedad, la Impureza, la Envidia, la Melancolía, la Embriaguez, la Falsedad, la Calumnia y sus horribles consecuencias.

La imagen de Ahrimán era el Dragón, confundido por los hebreos con Satán y la Serpiente Tentadora.

Tras un reinado de tres mil años, Ormuz había creado el Mundo Material, en seis períodos, llamando sucesivamente a la existencia a la Luz, el Agua, la Tierra, las plantas, los animales y el Hombre. Pero Ahrimán concurrió al crear la Tierra y el Agua, pues la Oscuridad era ya un elemento, y Ormuz no podía excluir a su Maestro. Y también los dos concurrieron en la creación del Hombre. Ormuz creó, por medio de su Voluntad y la Palabra, un Ser que era arquetipo y fuente de vida universal para todo aquello que existe bajo la cúpula celeste. Colocó en el hombre un principio puro, o Vida, que procedía de ese Ser

Supremo. Pero Ahrimán hizo desvanecerse ese principio puro del interior de la forma que lo envolvía, y una vez que Ormuz había creado, a partir de su esencia recuperada y purificada, al primer hombre y a la primera mujer, Ahrimán los sedujo y los tentó con vino y frutas, cediendo primero la mujer.

A menudo, durante los tres últimos períodos de tres mil años cada uno, Ahrimán y la Oscuridad resultan, y resultarán, triunfantes. Pero las almas puras son asistidas por los Buenos Espíritus; el Triunfo del Bien es decretado por el Ser Supremo, y el momento de ese triunfo llegará inevitablemente. Cuando el mundo esté más afligido por los males derramados sobre él por los espíritus de la perdición, tres profetas llegarán para aliviar a los mortales. Sosiosh, el principal de los Tres, regenerará la Tierra y la restaurará a su primigenia belleza, fuerza y pureza, y juzgará al justo y al impío. Tras la resurrección universal de los justos, Él los conducirá a un hogar de felicidad eterna. Ahrimán, sus demonios perversos y todos los hombres malvados serán también purificados en un torrente de metal fundido. La ley de Ormuz reinará por doquier; todos los hombres serán felices y disfrutarán de un éxtasis inalterable, cantando con Sosiosh alabanzas al Ser Supremo.

Estas doctrinas, cuyos detalles fueron frugalmente tomados por los judíos farisaicos, sí fueron adoptadas gustosamente por los gnósticos, que enseñaban la restauración de todas las cosas, su retorno a la condición original de pureza, la felicidad de los salvos y su admisión a la Sabiduría Celestial.

Las doctrinas de Zaratustra vinieron originalmente de Bactria, una provincia india de Persia. Por lo tanto, incluía de forma natural elementos hindúes o budistas. La idea fundamental del budismo era que la materia sojuzgaba a la inteligencia, y que la inteligencia se liberaba a sí misma de esa esclavitud. Quizá algo de las enseñanzas gnósticas llegó de China. *Antes del caos que precedió al nacimiento del Cielo y la Tierra*, dice Lao Tsé, *existía un único Ser, inmenso y silente, inmóvil pero siempre activo: la madre del Universo. Ignoro su nombre, pero lo designo por la palabra Razón. El Hombre tiene su arquetipo y modelo en la Tierra; la Tierra en el Cielo, el Cielo en la Razón, y la Razón en sí misma*. Aquí encontramos de nuevo los Farohars, las Ideas, los Eones, la Razón o Inteligencia (Εννοια), el Silencio (Σιγη), la Palabra (Λογος) y la Sabiduría (Σοφια) de los gnósticos.

El sistema dominante entre los hebreos tras su

cautiverio fue el de los *pharoshim* o fariseos. Ya provenga ese nombre de los parsis, o seguidores de Zaratustra, o de otra fuente, es seguro que tomaron buena parte de su doctrina prestada de los persas. Al igual que ellos, los fariseos afirmaban ser poseedores de un conocimiento misterioso y exclusivo, desconocido por las masas; e igualmente sostenían que se libraba una guerra constante entre el Imperio del Bien y el del Mal. Asimismo atribuían la responsabilidad del pecado y la caída del hombre al jefe de los espíritus malvados, y admitían una especial protección de los justos por parte de seres inferiores, agentes de Jehová. Todas sus doctrinas al respecto eran las de los Textos Sagrados del judaísmo, pero desarrollados de una forma singular; y el Oriente era evidentemente la fuente de la que llegaron aquellas interpretaciones.

Se autodenominaban *Intérpretes*, un nombre que indica su pretensión de poseer en exclusiva la verdadera interpretación de las Sagradas Escrituras, en virtud de la tradición oral que Moisés recibió en el Monte Sinaí, y que sucesivas generaciones de iniciados habían transmitido, tal y como ellos afirmaban, inalterada hasta ellos. Su vestimenta, la creencia en la influencia de las estrellas y en la inmortalidad y transmigración de las almas, su sistema angélico y su astronomía

resultaban extranjeros.

El Saduceísmo emergió como una oposición esencialmente hebrea a estas enseñanzas foráneas y a esta mezcla de doctrinas adoptadas por los fariseos, que se habían convertido en el credo popular.

Llegamos finalmente a los Esenios y Terapeutas, que conciernen especialmente a este grado. La entremezcla de ritos orientales y occidentales, de opiniones persas y pitagóricas que ya hemos apuntado en las doctrinas de Filón, se halla inequívocamente en los respectivos credos de estas sectas. Sus diferencias radicaban más en la simple meditación y en sus prácticas morales que no en aspectos metafísicos; pero los terapeutas siempre compartieron el principio zoroastriano de que era necesario liberar el alma de las ataduras e influencias de la materia, lo que conducía a un sistema de abstinencia y castigo del cuerpo opuesto por completo a las antiguas ideas hebraicas, que bendecían los placeres físicos.

En general, la vida y costumbres de estas asociaciones místicas, tal y como Filón y Josefo las describen, y en particular sus oraciones a la salida del sol, son semejantes a lo que el Zend-Avesta prescribe para el devoto adorador de Ormuz, habiendo otros hábitos religiosos que no

pueden explicarse si no es por esta semejanza.

Los Terapeutas residían en Egipto, en los alrededores de Alejandría; y los Esenios residían en Palestina, en las proximidades del Mar Muerto. Pero aún así había una sorprendente coincidencia en sus ideas, que se explica fácilmente por una influencia foránea. Los judíos de Egipto, bajo la influencia de la Escuela de Alejandría, intentaron armonizar sus doctrinas con las tradiciones griegas, y esa es la causa, según Filón, de las numerosas analogías con las ideas pitagóricas y órficas que aparecen en los terapeutas, por una parte, y en el judaísmo por otra; mientras que los judíos de Palestina, que tenían menos contacto con el mundo griego (o que más bien despreciaban sus enseñanzas), se impregnaron preferentemente de las doctrinas orientales, que bebieron de las fuentes y se volvieron familiares para ellos por sus relaciones con Persia. Este nexo queda particularmente mostrado en la Cábala, que pertenecía más a Palestina que a Egipto, aunque era ampliamente conocido en el país del Nilo, y surtió a los Gnósticos de algunas de sus teorías más llamativas.

Es muy significativo el hecho de que, mientras Cristo habló a menudo de los Fariseos y los Saduceos, Jamás mencionó a los Esenios, cuyas

doctrinas se aproximaban tanto a las Suyas, resultando idénticas en ocasiones. De hecho, no son nombrados ni aludidos de forma clara en ningún libro del Nuevo Testamento.

Juan, el hijo de un sacerdote del Templo de Jerusalén, y cuya madre era de la familia de Aarón, estuvo en los desiertos hasta el día en que se mostró a Israel. Nunca tomó vino ni bebidas fuertes. Vestido de pelo de camello y con un cinturón de cuero, y alimentándose de lo que el desierto proveía, Juan predicaba en el valle del Jordán el Bautismo de arrepentimiento para el perdón de los pecados; es decir, la necesidad de arrepentimiento plasmada en una vida reformada. Enseñó al pueblo caridad y generosidad; a los publicanos, justicia, equidad y honradez; a la soldadesca, paz, verdad y felicidad, a no ejercer violencia sobre nadie, a no acusar a nadie en falso y a estar satisfecho con su paga. Juan proclamó la necesidad de llevar de una vida virtuosa, y advirtió de la insensatez de creerse salvo únicamente por ser descendiente de Abraham. Denunció tanto a fariseos como a saduceos, a los que tachó de víboras y les amenazó con la ira de Dios. Bautizó a aquellos que confesaban sus pecados. Predicó en el desierto, o lo que es lo mismo, en el país donde los esenios vivían, profesando las mismas

doctrinas que él. Fue encarcelado antes de que Jesús comenzase su vida pública. Mateo lo menciona sin prefacio ni explicación, como si, aparentemente, su historia fuese demasiado conocida para necesitarlo. "En esos días", dice Mateo, "vino Juan el Bautista, predicando en el desierto de Judea". Sus discípulos ayunaban con frecuencia, y lo sabemos por los fariseos que preguntan a Jesús por qué sus discípulos no ayunaban como los de Juan.

Desde su prisión, Juan envió a dos de sus discípulos a preguntar sobre Jesús: "¿Eres tú el que debe venir, o esperamos a otro?" La respuesta de Cristo fue llamarles la atención sobre sus milagros, y declaró que Juan era un profeta, y más que un profeta, y que no había nacido hombre más grande que él, pero que el más pequeño en el Reino de los Cielos era más grande que él. Jesús afirmó que Juan era Elías, el que tenía que venir.

Juan había denunciado ante Herodes su matrimonio con la mujer de su hermano por ser ilegal ante las leyes hebreas, y por ello fue encarcelado, y finalmente ejecutado para satisfacerla. Sus discípulos lo enterraron; y Herodes y otros pensaron que Juan se había levantado de entre los muertos y aparecido de nuevo en la persona de Cristo. Todo el pueblo contemplaba a Juan como un profeta; y Cristo hizo

callar a los sacerdotes y ancianos preguntándoles si Él estaba inspirado por Dios. Ellos temían excitar la ira del pueblo diciendo que no. Jesús declaró que él había venido a servir a la Justicia, y que las clases pobres le creían, aunque los Sacerdotes y los Fariseos no lo hiciesen. De esta forma, Juan, a quien Herodes consultaba a menudo, mostrando gran deferencia por él y haciéndole caso incluso en asuntos de estado, y cuya doctrina era escuchada tanto por el pueblo como por los publicanos, estaba enseñando un credo *más antiguo* que el mismo Cristianismo. Esto resulta obvio, como es igualmente obvio que la mayor parte de los judíos que adoptaron sus doctrinas no eran ni fariseos ni saduceos, sino el pueblo humilde y común. Por lo tanto, debían ser esenios. Es también evidente que Cristo pidió el Bautismo como un rito sagrado bien conocido y practicado desde hacía mucho tiempo. Llegaba el momento para Él de consumar la Ley.

En el capítulo 18 de los Hechos de los Apóstoles leemos lo siguiente: “Un judío llamado Apolo, originario de Alejandría, había llegado a Éfeso. Era un hombre elocuente y versado en las Escrituras. *Había sido iniciado en el Camino del Señor* y, lleno de fervor, exponía y enseñaba con precisión en lo que se refiere a Jesús, aunque no conocía otro bautismo más que el de Juan

Bautista. Y comenzó a hablar con decisión y audacia en la sinagoga. Después de oírlo, Priscila y Aquila lo llevaron con ellos y le explicaron más exactamente *el Camino de Dios"*. Traduciendo a partir del lenguaje simbólico y figurativo y aclarando el verdadero sentido del texto griego, se lee de esta forma: Un judío llamado Apolo, originario de Alejandría, había llegado a Éfeso. Era un hombre elocuente y versado en las Escrituras. Había aprendido en los Misterios la verdadera doctrina respecto a Dios y, lleno de fervor, exponía y enseñaba con rigor en lo que se refiere a la Deidad, aunque no había recibido otro bautismo más que el de Juan". No sabía nada en lo referente al Cristianismo, pues había residido en Alejandría, y acababa de llegar a Éfeso; siendo, probablemente, discípulo de Filón y de un terapeuta.

"Eso, en todos los tiempos," –dice San Agustín– "es la religión cristiana, cuyo conocimiento y práctica supone la salud más cierta y segura, llamada así en honor a Cristo, pero no por la misma doctrina que ostenta el nombre; pues ese credo que ahora se llama religión cristiana era ya realmente conocido por los antiguos, y en ningún momento fue imperfecto ni incompleto, nunca desde el amanecer del hombre hasta que Cristo se encarnó; momento en que la religión verdadera,

que ya existía previamente, comenzó a ser llamada cristiana. Y esto constituye la Religión Cristiana de nuestros días, que no era imperfecta en los tiempos antiguos, sino que recibió ese nombre en época posterior". Los discípulos comenzaron a ser llamados "cristianos" en Antioquía, cuando Bernabé y Pablo comenzaron a predicar allí. Los judíos itinerantes, errantes o exorcistas, que empleaban el Sagrado Nombre para exorcizar espíritus malignos, eran sin duda terapeutas o esenios.

Mientras Apolo permanecía en Corinto, Pablo, habiendo atravesando las partes altas de Asia Menor, llegó a Éfeso. Allí encontró a algunos *discípulos* y les preguntó: "Cuando ustedes abrazaron la fe, ¿recibieron el Espíritu Santo?" Ellos le dijeron: "Ni siquiera hemos oído decir que hay un Espíritu Santo". "Entonces, ¿qué bautismo recibieron?", les preguntó Pablo. "El de Juan", respondieron. Pablo les dijo: "Juan bautizaba con un bautismo de penitencia, diciendo al pueblo que creyera en el que vendría después de él, es decir, en Jesús". Al oír estas palabras, ellos se hicieron bautizar en el nombre del Señor Jesús.

Esta fe, enseñada por Juan, y tan próxima al Cristianismo, no podía haber sido sino la doctrina de los esenios, y es indudable que Juan pertenecía

a esta secta. El lugar donde predicaba, su dieta frugal y el castigo corporal, así como las doctrinas que enseñaba, lo demuestran de forma concluyente. No había ninguna otra secta a la que hubiese podido pertenecer; y desde luego ninguna podía ser tan numerosa como la suya, salvo los esenios.

Sabemos, por las dos cartas escritas por Pablo a los hermanos de Corinto, esa ciudad de lujo y corrupción, que había desacuerdos entre ellos. En el año 57 de nuestra era ya había sectas rivales, declarándose unos seguidores de Pablo, otros de Apolo y otros de Cefas. Algunos de ellos negaban la resurrección. Pablo les urgió a adherirse a las doctrinas enseñadas por él mismo, y envió a Timoteo para mantenerles fieles a la ortodoxia. Según Pablo, Cristo tenía que volver. Él debía poner fin al resto de Poderes y Dominios, y finalmente a la Muerte, tras lo cual Él Mismo se reintegraría en Dios, que sería entonces Todo en Todo.

Los protocolos y ceremonias de los esenios eran simbólicos. Según Filón el Judío, tenían cuatro grados. Sus miembros se dividían en dos órdenes: los *Practici* y los *Therapeutici*, siendo los primeros hombres activos en el mundo profano, y los segundos hermanos contemplativos y médicos. Eran judíos de nacimiento, y se tenían mucho más

afecto entre sí que los miembros de cualquier otra secta. Su amor fraternal era realmente intenso. Cumplían la ley cristiana, "Amaos los unos a los otros". Despreciaban a los ricos. Entre ellos, ninguno debía tener más que los otros. Las posesiones de cada uno se mezclaban con la de los demás, de forma que no existía más que un patrimonio. Su piedad ante Dios era extraordinaria. Antes del amanecer jamás hablaban una palabra sobre asuntos profanos, tan solo pronunciaban ciertas oraciones que ya recitaban los padres de sus padres. Al amanecer, antes de que se hiciese de día, sus oraciones e himnos ascendían al Cielo. Eran especialmente leales y sinceros, así como ministros de paz. Tenían ceremonias mistéricas, e iniciaciones a sus misterios; y el candidato prometía que practicaría siempre la fidelidad a todos los hombres, especialmente a aquellos investidos de autoridad, *porque nadie obtiene el gobierno sin la ayuda de Dios*. Cualquier cosa que dijesen era más firme que un juramento; pero evitaban jurar, y lo consideraban peor que el perjurio. Su dieta era sencilla, como su modo de vida, soportaban la tortura con fortaleza y despreciaban a la muerte. Cultivaban la ciencia de la Medicina, en la que eran muy habilidosos. Consideraban de buen agüero vestir túnicas blancas. Tenían sus propios

tribunales, y pronunciaban veredictos ecuánimes. Guardaban el Sabbath más rígidamente que los judíos.

Sus principales ciudades eran Engaddi, cerca del Mar Muerto, y Hebrón. Engaddi se encontraba a unas treinta millas al sureste de Jerusalén, y Hebrón a veinte millas al sur de esa ciudad. Josefo y Eusebio hablan de los esenios como de una secta antigua, y sin duda fueron los primeros de entre los judíos en abrazar el cristianismo, cuya fe y doctrina tanto se asemeja a sus propios mandamientos. Plinio los considera una comunidad muy antigua.

En sus actos de devoción se giraban hacia el Sol naciente, de la misma manera que los hebreos se orientaban habitualmente hacia el Templo. Pero no eran idólatras, pues observaban la Ley de Moisés con escrupulosa fidelidad. Poseían todas las cosas en común y repudiaban a los ricos, siendo sus necesidades provistas por la administración de curadores o administradores. Reverenciaban el Tetractys, que en su caso estaba formado por puntos redondos en lugar de yods. Evidentemente esto muestra su conexión con la Escuela de Pitágoras, pues el Tetractys es un símbolo pitagórico. Sin embargo, sus mandamientos se parecían más a los de Confucio o Zaratustra, y probablemente fueron adoptados

durante su reclusión en Persia, lo que también explicaría que se girasen hacia el Sol en el momento de orar.

Su comportamiento era sobrio y casto, y se sometían al poder de los gobernantes. La totalidad de su tiempo era empleada en el trabajo, la meditación y la oración, y respondían con diligencia a toda llamada de justicia y humanidad, así como a cualquier deber moral. Creían en la unidad de Dios. Sostenían que las almas de los hombres ha-bían caído, por un destino desastroso, desde las regiones de pureza y luz, encontrándose ahora en los cuerpos que ocupaban, siendo esta vida un confinamiento en la prisión del cuerpo. Por lo tanto no creían en la resurrección del cuerpo, sino únicamente en la del alma. Creían en un estado futuro de recompensa y castigo, y no observaban el ceremonial externo prescrito por la Ley de Moisés en el culto a Dios, argumentando que las palabras de ese legislador debían ser entendidas en un sentido recóndito y misterioso, y no según su interpretación literal. No realizaban sacrificios, salvo en el hogar, y en sus meditaciones intentaban, en la medida de lo posible, aislar el alma del cuerpo, y llevarla de vuelta a Dios. Eusebio admite claramente que “los antiguos terapeutas eran cristianos, y sus textos antiguos era nuestros evangelios y

epístolas”.

Los esenios pertenecían a la ecléctica secta de los Filósofos, y tenían a Platón en la más alta estima; creían que la verdadera filosofía, el mayor y más sublime don de Dios a los mortales, estaba disperso, en distintas porciones, por todos los distintos credos. Y era, por lo tanto, el deber de todo hombre sabio recolectarla a partir de los distintos fragmentos que se encontraban dispersos, y una vez reunida emplearla para derrotar al dominio de la impiedad y el vicio. Los grandes festivales de los Solsticios eran observados de forma meticulosa por parte de los esenios, como se deduce del hecho de que reverenciaban al Sol, no como dios, sino como símbolo de luz y fuego, cuya fuente debía ser Dios, según los orientales. Vivían en continencia y abstinencia, y contaban con establecimientos parecidos a los monasterios de los primeros cristianos.

Los escritos de los esenios estaban llenos de misticismo, parábolas, enigmas y alegorías. Creían tanto en el significado esotérico como exotérico de las Escrituras; y, como hemos dicho, la patente para ello la encontraron en el Antiguo Testamento, como los gnósticos la encontraron en el Nuevo. Los escritores cristianos, e incluso el mismo Jesucristo, reconocieron como verdad que

toda Escritura tiene un significado interno y otro externo. Así lo encontramos en uno de los Evangelios:

Los discípulos se acercaron a Jesús, y le preguntaron por qué hablaba a la gente por medio de parábolas. Jesús les contestó: "A vosotros, Dios os da a conocer los secretos de su reino; pero a ellos no. Pues al que tiene, se le dará más y tendrá de sobra; pero al que no tiene, hasta lo que tiene se le quitará. Por eso les hablo por medio de parábolas; porque ellos miran, pero no ven; escuchan, pero no oyen ni entienden. En ellos se cumple lo que dijo el profeta Isaías: 'Por mucho que escuchéis, no entenderéis; por mucho que miréis, no veréis. Pues la mente de este pueblo está embotada: son duros de oído y han cerrado sus ojos, para no ver ni oír, para no entender ni volverse a mí y que yo los sane.' Pero dichosos vosotros, porque tenéis ojos que ven y oídos que oyen. Os aseguro que muchos profetas y gente buena desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; desearon oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron".

Pablo, en el capítulo cuarto de su Epístola a los Gálatas, refiriéndose a los más sencillos hechos del Antiguo Testamento, afirma que son una alegoría. En el tercer capítulo de la Segunda Carta a los Corintios, se declara a sí mismo

ministro del Nuevo Testamento, designado por Dios. *No de la letra, sino del espíritu; pues la letra mata, pero el espíritu da vida*.

Orígenes y San Gregorio sostienen que los Evangelios no deben ser interpretados en un sentido literal; y Atanasio nos advierte que *si entendiésemos la Sagradas Escrituras según la letra, caeríamos en la más enorme de las blasfemias*. Eusebio dice: *aquellos que manejan las Sagradas Escrituras, filosofan sobre ellas y extraen su verdadero sentido por medio de la alegoría*.

Las fuentes de nuestro conocimiento sobre las doctrinas cabalísticas son el Sefer Yezirah y el Sohar, siendo el primero confeccionado en el Siglo II d.C. y el Sohar algo después, aunque el contenido de ambos es mucho más antiguo. En sus elementos más significativos, se remontan al período del exilio. En ellos, al igual que en las enseñanzas de Zaratustra, todo lo que existe se considera emanado de una fuente infinita de Luz. Antes de la Creación existía *El Antiguo de los Días*, el *Rey de Luz*; un título otorgado a menudo al Creador en el Zend-Avesta y en el códice de los Sabeos, y que conecta con el panteísmo de la India. El Rey o Luz, el Antiguo, es Todo Lo que Es. No es únicamente la causa real de todas las Existencias, sino que es infinito (Ainsoph). Él es

Él Mismo. No hay nada en Él que podamos llamar *Tú*.

En la doctrina india, el Ser Supremo no solo es la causa real de todo, sino que es la única existencia verdadera. El resto es ilusión. En la Cábala, al igual que en las doctrinas persas y gnósticas, Él es el Ser Supremo, desconocido para todos, el Padre Desconocido. El mundo es su revelación, y subsiste únicamente en Él. Sus atributos son reproducidos en el mundo, con distintas modificaciones y en grados diferentes, de forma que el Universo es Su Santo Esplendor: no es sino Su Manto, pero debe ser reverenciado en silencio. Todos los seres han emanado del Ser Supremo, y cuanto más cerca se está de Él, más perfecto se es. El más remoto es el más impuro.

Un rayo de Luz emanado desde la Deidad es la causa y principio de todo lo que existe. Es al mismo tiempo Padre y Madre de todo, en el sentido más sublime. Lo penetra todo, y sin ello nada puede existir un instante. De esta doble Fuerza, designada por las dos partes de la palabra I.·.H.·.U.·.H.·., emanó el Primer Nacido o Dios, la Forma Universal en la que están contenidos todos los seres, Arquetipo persa y platónico de las cosas, unido al Infinito por el primitivo rayo de Luz. Este Primer Nacido es el Agente Creativo, Conservador y Principio Animador del

Universo. Es la Luz de la Luz. Posee las tres Fuerzas Primitivas de la Divinidad, Luz, Espíritu y Vida (Φωτος, Πνευμα y Ζων). Como recibe lo mismo que otorga, Luz y Vida, es considerado igualmente Principio Generativo y Conceptivo, el Hombre Primitivo, Adam Kadmon como tal. Se ha revelado en diez emanaciones o Sefirot, que no son diez seres distintos, ni siquiera seres; sino fuentes de vida, vehículos de Omnipotencia y arquetipos de Creación. Son *Soberanía* o *Voluntad, Sabiduría, Inteligencia, Misericordia, Severidad o Fuerza, Belleza, Victoria, Gloria, Fundamento o Permanencia* e *Imperio*. Estos son atributos de Dios; y esta idea de que Dios se revela a Sí Mismo por sus atributos y que la mente humana no puede percibir o discernir al Mismo Dios en su devenir, sino únicamente en Su modo de manifestarse, es una profunda verdad. Sabemos de lo Invisible únicamente lo que lo Visible revela.

La *Sabiduría* era denominada Nous y Logos (Νους, Λογος), Intelecto y Palabra. La *Inteligencia*, fuente del óleo de la unción, se corresponde con el Espíritu Santo de la fe cristiana.

La *Belleza* es representada por el verde y el amarillo. La *Victoria* es Yahveh-Tsabaoth, la columna a la derecha, Jakin. La Gloria es la

columna Boaz, a la izquierda. Y de esta manera aparecen nuestros símbolos en la Cábala. Y de nuevo la Luz, el objeto de nuestro trabajo, aparece como el poder creativo de la Deidad. El círculo, igualmente, era el símbolo especial de la primera Séfira, Kether o la Corona. No seguiremos la Cábala en sus cuatro Mundos de Espíritus (*Aziluth*, *Briah*, *Yezirah*, y *Asiah*), o de *Emanación, Creación, Formación* y *Fabricación*, siendo cada uno inferior al otro, emergiendo de él, con el superior siempre envolviendo al inferior; siendo su doctrina que, en todo lo que existe, no hay nada puramente material; que todo proviene de Dios, y que en todo Él procede por irradiación; que todo subsiste por el rayo Divino que penetra la Creación; y todo está unido por el espíritu de Dios, que es la vida de la vida, de forma que todo es Dios. También forman parte de su doctrina: las Existencias que habitan los Cuatro Mundos, tanto más inferiores cuanto mayor es su distancia del Gran Rey de Luz; la concurrencia entre los Ángeles y Principios del Bien y del Mal, que perdurará hasta que el Eterno decida ponerle fin y restablecer la armonía primigenia; las cuatro partes distintas del alma del hombre, y las migraciones de las almas impuras hasta que se hallen suficientemente purificadas para compartir con los espíritus de la Luz la visión del Ser

Supremo, cuyo esplendor llena el Universo.

La Palabra formaba parte también del credo fenicio. Como en todas las religiones de Asia, una Palabra de Dios, escrita en caracteres astrológicos por las Divinidades Planetarias, y comunicada por los Semidioses, como un profundo misterio, a las clases más altas de la raza humana para que estos la transmitiesen a la Humanidad, creó el Mundo.

La fe de los fenicios era una rama de ese antiguo culto a las estrellas, que únicamente en el credo zoroastriano está conectado con la fe en el Dios Uno. La Luz y el Fuego son los agentes más importantes de la fe fenicia. Hay una raza de hijos de la Luz. Adoran al Cielo con sus luces, considerándolo el Dios Supremo. Todo emana de un único Principio, y de un Amor Primigenio, que es la fuerza motora de Todo y lo gobierna Todo. La Luz, por su unión con el Espíritu, del que no es sino vehículo o símbolo, es la Vida de todo, y lo penetra todo. Por lo tanto debería ser respetada y honrada en todo lugar; pues en todo lugar gobierna y reina.

Los parafrastos caldeos y jerosolimitanos intentaron traducir la frase *Debar-Yehovah*, (רבד יהוה), la Palabra de Dios, un *ser personal*

donde quiera que se encontrase. La frase “Y Dios creó al hombre” figura escrita en el Targum de Jerusalén como “Y la Palabra de IHUH creó al hombre”.

Así, en Gen. 18, 20, donde Jacob dice: “Si Dios (והוה אלהים IHIH ALHIM) está conmigo… entonces IHUH será mi ALHIM (והיה יהוה לי אלהים UHIH IHUH LI LALHIM); y esta piedra será la Casa de Dios (יהוה כיה אלהים IHUH BITH ALHIM)”. Onkelos lo parafrasea: “Si la Palabra de IHUH es mi ayuda… entonces la Palabra de IHUH será mi Dios”.

Así, en Génesis 3, 8, en lugar de “La Voz del Señor Dios” (יהוה אלהים IHUH ALHIM) tenemos “La Voz de la palabra de IHUH”.

En Sabiduría 9, 1, “¡Oh, Dios de mis Padres y Señor de Piedad! Tú, que has hecho todas las cosas con tu Palabra (εν λογου σου).

Y en Sabiduría 18, 15, “Tu Todopoderosa Palabra (Λογος) descendió del Cielo”.

Filón habla de la Palabra como idéntica a Dios. Así, en distintos lugares, él la llama *deuteros theios logos* (δευτερος Θειος Λογος), la Segunda Divinidad; εικων του Θεου, la Imagen de Dios, la Divina Palabra que hizo todas las cosas: el υπαρχος, sustituto de Dios, y su semejante.

De esta forma, cuando Juan comenzó su prédica, los Sacerdotes y los Filósofos de Oriente y Occidente ya habían tratado durante largo tiempo las grandes cuestiones que concernían a la eternidad o creacionismo de la materia: creación mediata o inmediata del Universo por parte de un Dios Supremo; el origen, sentido y extinción final del mal; las relaciones entre los mundos material e intelectual, así como entre Dios y el hombre. Y la creación, caída, redención y restauración al estado primigenio del hombre. La doctrina judía, que difiere del resto de credos orientales, e incluso de la leyenda con que comienza el Génesis, atribuía la creación a la acción inmediata del Ser Supremo. Los teósofos de otros pueblos orientales interpusieron más de un intermediario entre Dios y el mundo. Colocar entre ambos un único mediador, suponer que en la producción del mundo no intervino sino un único intermediario era, a sus ojos, menoscabar la Suprema Majestad. La distancia entre Dios, que es perfecta pureza, y la materia, que es perversa y malvada, era demasiado grande para justificarla con un único eslabón. Incluso en Occidente, ni Platón ni Filón osarían empobrecer así el Mundo Intelectual. Así, Cerinto de Éfeso, con la mayoría de los gnósticos, Filón, la Cábala, el Zend-Avesta, los Puranas, y todo el Oriente,

consideraban la distancia y antipatía entre el Ser Supremo y el mundo material demasiado grande para atribuir al primero la creación del segundo.

Bajo el Antiguo de los Días, creado por él, o emanado de Él, se hallaba la Luz Central, el Comienzo o Primer Principio (Αρχη), y uno, dos o más Principios, Existencias o Seres Intelectuales, a los cuales se debía la creación inmediata de los universos espiritual y material, absteniéndose de todo acto creativo la Gran Deidad Inmóvil y Silente.

Ya hemos comentado muchas de las especulaciones en torno a este punto. Para algunos, el mundo fue creado por el Logos o la Palabra, manifestación primera, o emanación, de la Deidad. Para otros el comienzo de la Creación fue por medio de la emanación de un rayo de Luz, creando los principios de la Luz y la Vida; o bien el Pensamiento Primigenio, que creó las deidades inferiores, una sucesión de Inteligencias, los *lynges* de Zaratustra, sus *Ameshas Spentas, Yazatas* y *Farohars*, las *Ideas* de Platón, los *Eones* de los gnósticos, los *Ángeles* de los judíos, el *Nous*, los *Demiurgos*, la *Razón Divina*, las *Potencias* o *Fuerzas* de Filón, y los *Alohayim*, Fuerzas o Dioses Superiores de la antigua leyenda con que comienza el Génesis. No hubo límites para la imaginación y la fantasía. Las más

diversas abstracciones se convirtieron en realidades y existencias. Los atributos de Dios, personificados, se convirtieron en Potencias, Espíritus e Inteligencias.

Dios era la Luz de Luz, Fuego Divino, la Intelectualidad Abstracta, Raíz o Germen del Universo. Simón el Mago, fundador de la fe gnóstica, así como muchos de los primeros cristianos judaizantes, admitían que las manifestaciones del Ser Supremo como Padre o Jehová, Hijo o Cristo y Espíritu Santo eran tan solo distintos modos de Existencia, o Fuerzas, *dinameis* (δυναμεις) del Mismo Dios. Para otros eran, como era la multitud de inteligencias subordinadas, seres reales y distintos.

La imaginación oriental se deleitaba atribuyendo la Creación a estas inteligencias inferiores, Potencias del Bien y del Mal, y Ángeles. Hemos hablado de aquellas imaginadas por los persas y los cabalistas. En el Talmud, cada estrella, cada país, cada ciudad y casi cada idioma tienen un Príncipe del Cielo como su protector. Jehuel es el guardián del Fuego, y Miguel lo es del Agua. Siete espíritus asisten a cada uno. Los del Fuego son *Serafiel, Gabriel, Nitriel, Tamael, Shimshiel, Hadamiel* y *Samiel*. Estos siete están representados por las columnas cuadradas de este grado, mientras que las columnas Jakin y Boaz

representan los Ángeles de Fuego y Agua, sin ser únicamente representativas de estos.

Para Basílides, Dios no tenía nombre, era increado, y contenía en Sí Mismo y ocultaba la plenitud de Sus Perfecciones. Y cuando estas se manifiestan, lo hacen como muchas Existencias particulares, todas análogas a Él, y todavía y siempre Él. Según los esenios y los gnósticos, el Oriente y el Occidente desarrollaron esta fe: que las Ideas, Concepciones o Manifestaciones de la Deidad eran muchos Seres, todos Dios, nada fuera de Él, pero más de lo que nosotros entendemos ahora por la palabra *Ideas*. Estos Seres emanaban de Dios y volvían a unirse a Él. Experimentaban una especie de existencia media entre nuestras modernas ideas, y las inteligencias o ideas, elevadas al rango de genios, de la mitología oriental.

Estos atributos personificados de la Deidad, según la teoría de Basílides, eran el *Protógonos* (Πρωτογονος) o Primer Nacido, *Nous* (Νους) o Mente. De él emanaba el *Logos* (Λογος) o Palabra; de la Palabra emanaba la *Fronesis* (Φρονησις) o Intelecto; del Intelecto emanaba la *Sofía* (Σοφια) o Sabiduría; de la Sabiduría emanaba la *Dinamis* (Δυναμις) o Poder; y del Poder emanaba la *Dikaiosune* (Δικαιοσυνη) o Rectitud, que fue denominado por los hebreos

Eirene (Ειρηνη), Paz o Calma. Así emanaban las características esenciales de la Divinidad, así como el efecto armonioso de todas Sus Perfecciones. El número total de emanaciones sucesivas era de 365, expresadas por los gnósticos, en letras griegas, por la palabra mística ΑΒΡΑΞΑΣ (*Abraxas*), término que designa al Dios manifestado, o a la suma de sus manifestaciones, pero no al dios Supremo y Secreto en Sí Mismo. Estas trescientas sesenta y cinco Inteligencias componen la Totalidad o Plenitud, *Pleroma* (Πληρωμα) de las Emanaciones Divinas.

En el caso de los ofitas, una secta de los gnósticos, había siete espíritus inferiores a Ialdabaoth, Demiurgo o Creador Verdadero: *Miguel, Suriel, Rafael, Gabriel, Thauthanaoth, Erataoth* y *Athaniel*, los genios de las estrellas llamadas el Toro, el Perro, el León, el Oso, la Serpiente, el Águila y el Asno, que antiguamente figuraban en la constelación de Cáncer, y eran simbolizadas por esos animales; de la misma manera que *Ialdabaoth*, *Iao*, *Adonay*, *Eloy*, *Oray* y *Astaphay* eran los genios de Saturno, la Luna, el Sol, Júpiter, Venus y Mercurio.

La Palabra aparece en todos estos credos. Es el *Ormuz* de Zaratustra, el *Ainsoph* de la Cábala, el *Nous* de Platón y Filón, y la *Sofía* o *Demiurgo* de

los gnósticos.

Todos estos credos, si bien admitían diferentes manifestaciones del Ser Supremo, sostenían que Su identidad era inmutable y permanente. Esa era la distinción de Platón entre el Ser que es siempre el mismo (το ον), y el flujo perpetuo de cosas siempre en movimiento o cambio, la *Génesis*.

La creencia en un dualismo de una u otra forma era universal. Los que sostenían que todo emanaba de Dios, aspiraba a Dios y reentraba en Dios, creían que entre esas emanaciones se encontraban dos principios adversos; la Luz y la Oscuridad, el Bien y el Mal. Esto predominaba en Asia Central y en Siria, mientras que en Egipto asumió la forma de especulación griega. En el primer caso se admitía un segundo Principio Intelectual, activo en su Imperio de Oscuridad, audaz y temerario contra el Imperio de la Luz. Así lo entendían los persas y los sabeos. En Egipto, este Segundo Principio era la Materia, en el sentido empleado por la Escuela Platónica, con sus atributos tristes, su Vacuidad, Oscuridad y Muerte. En su teoría, la Materia únicamente podía ser animada por la comunicación de un principio de vida divino, pero se resistiría a las influencias que lo espiritualizarían. Ese Poder de resistencia es Satán, la Materia rebelde, Materia que no participa de Dios.

Para muchos había dos Principios: por una parte, el Padre Desconocido, o Dios Eterno y Supremo, morando en el centro de la Luz, feliz en la perfecta pureza de Su Ser. Por otra, la Materia eterna, inerte, sin forma, masa oscura que consideraban origen de todos los males y madre de la morada de Satán.

Para Filón y los platónicos había un Alma del mundo que creaba las cosas visibles y permanecía activa en ellas, como agente de la Suprema Inteligencia, materializando en las cosas las ideas comunicadas a Ella por esa Inteligencia y ejecutando sus ideas, pero sin comprenderlas.

El Apocalipsis, por quienquiera que fuese escrito, pertenece al Oriente y a la más lejana antigüedad. Reproduce lo que es mucho más antiguo que el mismo libro. Pinta, con los colores más fuertes que el genio oriental jamás empleó, las escenas finales de la gran lucha de la Luz, la Verdad y el Bien contra la Oscuridad, el Error y el Mal, personificados en la Nueva Fe por un lado, y en el paganismo y el Judaísmo por el otro. Es un trasunto del antiguo mito de Ormuz y sus genios contra Ahrimán y sus *devas*, y celebra el triunfo final de la Verdad contra el poder combinado de los hombres y los demonios. Las ideas y la imaginería son de extracción diversa, y

sus alusiones son encontradas en las doctrinas de todos los tiempos, pues nos recuerdan constantemente al Zend-Avesta, los códices hebreos, Filón y la Gnosis. Los Siete Espíritus que rodean el Trono del Eterno, en la apertura del Gran Drama, y desempeñan un papel tan importante, siendo instrumentos de la Voluntad y Venganza Divinas, son los siete Ameshas Spentas del parsismo; de la misma manera que los Veinticuatro Ancianos que ofrecen al Ser Supremo las primeras súplicas y el primer homenaje, nos recuerdan a los Jefes Misteriosos del Judaísmo, precursores de los Eones de la Gnosis, y reproducen los veinticuatro Espíritus Buenos creados por Ormuz e incluidos en un huevo.

El Cristo del Apocalipsis, Primer-Nacido de la Creación y de la Resurrección, resulta investido con las características de Ormuz y Sosiosh del Zend-Avesta, el Ainsoph de la Cábala y los Carpistes (Καρπιστης) de los gnósticos. La idea de que los verdaderos iniciados y creyentes se conviertan en Reyes y Sacerdotes es, al mismo tiempo, persa, hebrea, cristiana y gnóstica. Y la definición del Ser Supremo, de que es al mismo tiempo alfa y omega, principio y fin, el que es, fue y debe venir (es decir, Tiempo ilimitable), es la definición mazdeísta de Zerván-Akerene.

Las profundidades de Satán que ningún hombre

puede concebir; su triunfo temporal por medio del fraude y la violencia; su encadenamiento por un ángel; su condena y caída a un mar de metal; sus nombres de Serpiente y de Dragón; la totalidad del conflicto de los Espíritus Buenos o ejércitos celestiales contra el Mal. Todas estas ideas son encontradas ya en el Zend-Avesta, la Cábala y la Gnosis.

Incluso encontramos en el Apocalipsis esa singular idea persa que contempla a algunos animales inferiores como *Devas* o vehículos portadores de *Devas*.

La custodia de la Tierra por parte de un ángel bueno, la renovación de la Tierra y los Cielos y el triunfo final de los hombres puros y justos constituyen la misma victoria del Bien sobre el Mal que todo el Oriente buscaba.

El oro y las vestiduras blancas de los veinticuatro ancianos son, como en el credo persa, signos de elevada perfección y pureza divina.

De esta forma la mente humana trabajó, luchó y se torturó durante largo tiempo para explicar lo que sentía, aun sin confesarlo, como inexplicable. El resultado fue una vasta multitud de abstracciones flotando en la imaginación, un tren de palabras que no contenían un significado

tangible, un inextricable laberinto de sutilezas.

Pero una gran idea siempre sobresalió y se mantuvo prominente e irrenunciable entre la confusión y el caos: que Dios es grande, bueno y sabio. El Mal y el dolor son temporales, y sirven a propósitos sabios y benéficos. El Mal *debe* ser consistente con la bondad de Dios, con Su pureza y perfección infinita; y debe haber una forma de poder explicarlo, aunque no podamos encontrarla por muchos esfuerzos que hagamos. Al final, el Bien prevalece, y el Mal es derrotado. Solo Dios puede hacer esto, y Él lo hará, por medio de una emanación de Él Mismo que asuma la forma humana y redima el Mundo.

Contempla el objeto, el fin, el resultado de las grandes especulaciones y logomaquias de la antigüedad: la aniquilación final del Mal y restauración del Hombre a su estado primigenio y prístino, por un Redentor, un *Masayah*, un Cristo, la Palabra, Razón o Poder de la Deidad Encarnada.

Este Redentor es la Palabra o Logos, el Ormuz de Zaratustra, el Ainsoph de la Cábala, el Nous del platonismo y el filonismo; Aquel que era en el origen con Dios, y era Dios, y por el que todo fue hecho. Que Él era buscado por todo el pueblo de Oriente queda abundantemente demostrado por el

Evangelio de Juan y por las cartas de Pablo, en las que apenas era preciso decir que un Redentor estaba por venir y donde todo el esfuerzo de los autores está destinado a demostrar que Jesús era ese *Christos* que todas las naciones aguardaban: la Palabra, el *Masayah*, el Mesías, el Ungido o el Consagrado.

En este grado se simboliza la gran batalla entre el Bien y el Mal que perdurará hasta la aparición o adviento de la Palabra o el Redentor, tal y como enseñan las misteriosas enseñanzas esotéricas de esenios y cabalistas. De las prácticas esenias no tenemos más que fragmentos que nos han llegado a través de los autores antiguos; pero sabemos que, puesto que sus doctrinas eran enseñadas por Juan el Bautista, debían parecerse ampliamente a aquellas, de mayor pureza y perfección, enseñadas por Jesús. Y también sabemos que no solo Palestina estaba llena de discípulos de Juan, de forma que los sacerdotes y fariseos no osaban negar la inspiración de Juan, sino que su doctrina se había extendido a Asia Menor, provocando conversiones en la lujosa Éfeso, así como en Alejandría de Egipto; y que efesios y alejandrinos rápidamente abrazaron la fe cristiana, que acababan de conocer.

Estas viejas controversias han desaparecido, y las antiguas creencias han caído en el olvido.

Pero la Masonería todavía sobrevive, fuerte y vigorosa, como cuando la filosofía era enseñada en las escuelas de Alejandría y bajo el pórtico, impartiendo las mismas viejas verdades que los esenios enseñaban a las orillas del Mar Muerto y que Juan el bautista predicaba en el Desierto. Verdades imperecederas como la Deidad, e irrefutables como la Luz. Esas verdades fueron reunidas por los esenios a partir de las doctrinas de Oriente y Occidente, del Zend-Avesta y los Vedas, de Platón y Pitágoras, de la India, Persia, Fenicia y Siria; de Grecia y Egipto, y de las Sagradas Escrituras de los hebreos. Por ello somos llamados Caballeros de Oriente y Occidente, porque sus doctrinas vinieron de ambos puntos cardinales. Y estas doctrinas, una vez separado el trigo de la paja y la Verdad del Error, han sido recopiladas por la Masonería en su mismo corazón, y protegiéndola contra el fuego de la persecución y las tormentas de la calamidad nos han sido traídas y entregadas: que Dios es Uno, inmutable, infinitamente justo y bueno; que la Luz vencerá finalmente a la Oscuridad, que el Bien conquistará al Mal y que la Verdad triunfará sobre el Error. Estas enseñanzas, haciendo caso omiso de todas las especulaciones accesorias del Zend-Avesta, la Cábala, la Gnosis y las distintas escuelas, son la religión y filosofía de la

Masonería.

Es útil estudiar estas especulaciones y conjeturas. Pero sabiendo en qué clase de investigaciones estériles e infructuosas puede desembocar, apreciarás mejor las verdades sencillas, sublimes, simples y universalmente reconocidas que han sido, en toda época y lugar, la Luz que ha guiado a los masones en su camino, y la Sabiduría y la Fuerza que, como columnas imperecederas, han sostenido y continuarán sosteniendo su glorioso y magnífico Templo.

XVIII

Caballero Rosacruz

(Príncipe Rosacruz)

Cada uno de nosotros aprovecha los símbolos y ceremonias de este grado según su propia fe y credo, aplicándolos de la forma que le resulte más adecuada. Respecto a estas interpretaciones particulares no tenemos nada que decir. Al igual que en la leyenda del Maestro Hiram, en la que algunos ven representada la condena y pasión de Cristo, otros la del infortunado Gran Maestre de los Templarios, otros la del primer Carlos, Rey de Inglaterra, y otros el descenso anual del Sol a las regiones de la oscuridad en el Solsticio de Invierno (base de otras tantas leyendas antiguas), así las ceremonias de este grado reciben diferentes explicaciones, interpretándolas cada uno según crea conveniente y sin ofenderse, en ningún caso, ante la explicación distinta de otro.

Solo de esta manera podría la Masonería poseer su carácter de Universalidad, ese carácter que la ha caracterizado desde su origen y que permitió que dos reyes, adoradores de distintas deidades, se sentasen juntos como Maestros mientras se levantaban los muros del Primer Templo; y que

los hombres de Gebal, que se postraban ante los dioses fenicios, trabajasen codo con codo con los hebreos, para los cuales sus dioses eran abominables; y que todos se sentasen juntos en la misma logia como hermanos.

Habéis escuchado siempre que estas ceremonias tienen un significado abierto, para cada uno, de cada credo, que cree en Dios y en la inmortalidad del alma. Los hombres primitivos no se encontraban en templos hechos con manos humanas. "Dios" –afirmaba Esteban, el primer mártir– "no mora en templos realizados con las manos". En el aire abierto, bajo la misteriosa bóveda del cielo, en el gran templo del Mundo, pronunciaban sus votos, elevaban su acción de gracias y adoraban al Dios de la Luz; de esa Luz que representaba para ellos el Bien, como la oscuridad representaba el Mal.

Toda la antigüedad resolvió el enigma de la existencia del Mal suponiendo la existencia de un Príncipe del Mal, de Demonios, de Ángeles caídos, un Ahrimán, Tifón, Shiva, Lek o un Satán que, habiendo caído ellos primero y habiéndose precipitado en la miseria y la oscuridad, tentaron al hombre y trajeron el pecado al mundo. Todos creían en una vida futura que se podía alcanzar por medio de purificación y pruebas; en un estado o sucesivos estados de recompensa y castigo; y en

un Mediador o Redentor, por medio del cual el Principio del Mal sería derrotado y la Deidad Suprema se reconciliaría con sus criaturas. Era creencia que nacería de una virgen y sufriría una muerte dolorosa. Los indios les llamaban Krishna; los chinos, Kiun-Tsé; los persas, Sosiosh; los caldeos, Duvanai; los egipcios, Har-Oeri; Platón, el Amor; y los escandinavos, Baldur.

Krisna, el redentor hindú, fue amamantado y educado entre pastores. En el tiempo de su venida al mundo, un tirano ordenó que todos los niños varones fuesen asesinados. Llevó a cabo milagros, según sus leyendas, incluso resucitando a los muertos. Lavó los pies de los brahmanes, y era manso y sencillo de espíritu; era nacido de una Virgen, descendió a los infiernos, resucitó, ascendió a los Cielos, encomendó a sus discípulos enseñar sus doctrinas, y les otorgó el poder de realizar milagros.

El primer Legislador masónico cuya memoria nos ha sido preservada por la historia era Buda, el cual, unos mil años antes de la Era Cristiana, reformó la religión de Manus. Llamaba al sacerdocio a todos los hombres, sin distinción de casta, que se sintiesen inspirados por Dios para instruir a los hombres. Los que se asociaron formaron una Sociedad de Profetas bajo el nombre de samaneos. Reconocían la existencia de

un único Dios no creado, en cuyo seno todo crece, se desarrolla y transforma. El culto a este Dios exigía la obediencia de todos los seres por Él creados. Sus fiestas eran las de los Solsticios. Las doctrinas de Buda se extendieron por la India, China y Japón. Los sacerdotes de Brahma, que profesaban un credo oscuro y sangriento, brutalizados por la superstición, se unieron contra el budismo, y con la ayuda del despotismo exterminaron a sus seguidores. Pero su sangre fertilizó la nueva doctrina, que generó una nueva sociedad bajo el nombre de Gimnosofistas; y un gran número, huyendo a Irlanda, implantó sus doctrinas allí, y allí erigieron sus torres redondas, algunas de las cuales todavía permanecen tan sólidas y macizas como al principio, como monumentos visibles de épocas más remotas.

La cosmogonía fenicia, como todas las demás de Asia, consistía en la palabra de Dios, escrita en caracteres astrales por las divinidades planetarias, y comunicadas por los semidioses, como profundos misterios, a las más brillantes inteligencias de la Humanidad, que debían propagarla entre los hombres. Sus doctrinas se parecían al antiguo Sabeísmo, y por ser la fe de Hiram, Rey de Tiro, y también de su homónimo el Constructor, resultan de interés para todos los masones. Para ellos, el Primer Principio era

semimaterial y semiespiritual, una evanescencia oscura, animada e impregnada por el espíritu, y un caos desordenado cubierto de espesa oscuridad. De este Primer Principio emanó la Palabra, y de la Palabra la Creación y la Generación. Y así surgió una raza de hombres, hijos de la Luz, que adoraban al Cielo y a sus Estrellas como Ser Supremo; y cuyos diferentes dioses no eran sino encarnaciones del Sol, la Luna, las Estrellas y el Éter. Crysor era el gran poder ígneo de la Naturaleza, y Baal y Melkarth representaban el Sol y la Luna; la Luna, que en su traducción hebrea significa la Reina.

El hombre había caído, pero no por la tentación de la serpiente. Pues entre los fenicios la serpiente participaba de la Naturaleza Divina, y era sagrada, como lo era en Egipto. Se le consideraba inmortal, salvo que se le diese muerte con violencia, rejuveneciendo en su vejez, introduciéndose en ella misma y consumiéndose. De aquí que la representación de la serpiente en círculo, con la cola dentro de su boca, fuese emblema de inmortalidad. El hombre con cabeza de halcón era de Naturaleza Divina, así como símbolo del Sol. Por ello una secta de gnósticos lo adoptó como su genio bueno, y también a la serpiente de bronce levantada por Moisés en el Desierto, que los israelitas contemplaron y

gracias a la cual vivieron.

"Antes del caos que precedió el nacimiento del Cielo y la Tierra", dijo el chino Lao-Tsé, "existía un Ser único, inmenso y silente, inmutable y siempre activo, la Madre del Universo. No conozco el nombre de ese Ser, pero me refiero a él por la palabra Razón. El hombre tiene su modelo en la Tierra, la Tierra en el Cielo, el Cielo en la Razón, y la Razón en sí misma".

"Yo soy", dice Isis, "la Naturaleza, madre de todas las cosas, soberana de los Elementos, la primera hija del Tiempo, la más exaltada de las deidades, la primera entre los dioses y diosas celestiales, la Reina de las Sombra, y dispongo con mi báculo las infinitas luces del cielo, las saludables brisas del mar y el lúgubre silencio de los muertos. Soy la Diosa adorada en todo el mundo bajo diferentes formas, bajo distintos ritos y distintos nombres. Los egipcios, expertos en las tradiciones antiguas, me adoran con ceremonias apropiadas y me llaman por mi verdadero nombre, Isis la Reina".

Los vedas hindúes definen así a la Deidad: "Sabed que aquel que sobrepasa las palabras, y por cuyo poder las palabras son expresadas, es Brahma, y no estas cosas perecederas que el

hombre adora. Sabed que Aquel cuya inteligencia no puede ser comprendida, y solo Aquel, dicen los sabios, por cuyo poder puede comprenderse la naturaleza de la Inteligencia, es Brahma, y no estas cosas perecederas que el hombre adora. Sabed que Aquel que no puede ser visto por el órgano de la vista, y por cuyo poder el órgano de la vista ve, es Brahma, y no estas cosas perecederas que el hombre adora. Sabed que Aquel que no puede ser oído por el órgano del oído, y por cuyo poder el órgano del oído escucha, es Brahma, y no estas cosas perecederas que el hombre adora. Sabed que Aquel que no puede ser percibido por el órgano del olfato, y por cuyo poder el órgano del olfato huele, es Brahma, y no estas cosas perecederas que el hombre adora".

"Cuando Dios resolvió crear la raza humana", dijo Ario, "Él hizo un Ser al que llamó la Palabra, el Hijo, *Sabiduría*, con el fin de que este Ser pudiese dar existencia a los hombres". Esta Palabra es el *Ormuz* de Zaratustra, el *Ainsoph* de la Cábala, el *Nous* de Platón y Filón, la *Sabiduría* o *Demiurgo* de los gnósticos. Esta es la Verdadera Palabra, el Conocimiento que nuestros antiguos hermanos perseguían como recompensa, más allá de todo precio, por sus trabajos en el Templo Sagrado: la Palabra de Vida, la Razón

Divina, “en la que era la Vida, y esa Vida era la Luz de los hombres, que brilló largo tiempo en la oscuridad, y la oscuridad no la recibió”; la Razón Infinita que es el Alma de la Naturaleza, inmortal, que nos es recordada por la Palabra de este Grado. Y creer en ella y reverenciarla es el deber de todo masón.

“En el principio”, dice la cita de algún texto más antiguo, con el que Juan comienza su Evangelio, “existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. Todas las cosas fueron hechas por medio de la Palabra y sin ella no se hizo nada de todo lo que existe. En ella estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la Luz brillaba en la oscuridad, y la oscuridad no la recibió”. Es una antigua tradición que este pasaje era de un libro anterior. Y Filostorgio y Nicéforo afirman que cuando el Emperador Juliano asumió la construcción del Templo, se extrajo una piedra que cubría la entrada a una profunda cueva cuadrada, en la cual uno de los obreros, que descendió por una cuerda, encontró en el centro del suelo un pilar cúbico sobre el que descansaba un rollo de pergamino envuelto en fino paño de lino, en el que figura el anterior pasaje, escrito en letras mayúsculas.

Sea como fuere, es obvio que el Evangelio de Juan es una diatriba contra los gnósticos, y

afirmando al principio tal doctrina respecto a la Creación por la Palabra, defiende que esta Palabra era Jesucristo. Y la primera frase, traducida completamente a nuestro lenguaje, se leería de la siguiente forma: “Cuando comenzó el proceso de emanación, o creación o evolución de existencias inferiores al Dios Supremo, la Palabra vino a existir y fue. Y esta Palabra estaba (τρος τον Θεον) junto a Dios, *id est*, era la primera emanación, o inmediata, de Dios. Y era Dios Mismo, desarrollado o manifestado de ese modo particular, y en acción. Y por esa Palabra fue creado todo lo que existe”. Y así dice Tertuliano que Dios creó el Mundo de la nada, por medio de Su Palabra, Sabiduría o Poder.

Para Filón el Judío, así como para los gnósticos, el Ser Supremo era la *Luz Primitiva*, o *Arquetipo de Luz*, *Fuente* de la que emanan los rayos que iluminan las almas. La *Luz Primitiva* es el Alma del Mundo, y como tal obra en todas partes. Llena y abarca toda su existencia, y sus fuerzas llenan y penetran todo. Su imagen es la Palabra (Logos), una forma más brillante que el fuego, que no es pura luz. Esta Palabra mora en Dios, pues es en Su Inteligencia donde el Ser Supremo forja los *universales* de las Ideas de todo lo que se convertirá en realidad en el Universo. La Palabra como vehículo por el que Dios obra en el

Universo; el Mundo de Ideas a través del cual Dios ha creado las cosas visibles; el Dios Antiguo, en comparación con el Mundo Material; Jefe y Representante general de todas las Inteligencias; el Arcángel, arquetipo y representante de todos los espíritus, incluso de los mortales; el arquetipo del hombre; el mismo hombre primordial. Estas ideas fueron tomadas de Platón. Y esta palabra no es únicamente el Creador ("por Ella se hizo todo lo creado"), sino que actúa *en lugar* de Dios; y a través de Ella actúan todas las Potencias y Atributos de Dios. Y también, como representante de la raza humana, es el Protector de los Hombres y su pastor, el *Ben H'Adam*, o Hijo del Hombre.

La actual condición del Hombre no es su condición primigenia, aquella en la que era imagen de la Palabra. Sus pasiones desordenadas han ocasionado la caída desde su sublime estado original. Pero puede levantarse de nuevo, siguiendo las enseñanzas de la Sabiduría Celestial y de los Ángeles que Dios dispone para ayudarle a escapar de las ataduras del cuerpo, así como luchando bravamente contra el Mal, cuya existencia Dios ha permitido con el único motivo de otorgar al hombre un medio de ejercitar su libre albedrío.

El Ser Supremo de los egipcios era Amón, Dios

secreto y oculto, Padre Desconocido de los gnósticos, Fuente de la Luz Divina y de toda fuerza, la Plenitud de todo, que abarca todas las cosas en sí mismo, la Luz original. Él *no crea* nada, sino que todo *emana* de Él, y los demás dioses no son sino sus manifestaciones. De Él, al pronunciar una Palabra, emanó Neith, la Madre Divina de todas las cosas, el Pensamiento Primitivo, la Fuerza que pone todo en movimiento, el Espíritu que se extiende por todo lugar, la *Deidad de Luz* y *Madre del Sol*. La imagen de este Ser Supremo era Osiris, Fuente de todo Bien en el mundo físico y moral, y enemigo constante de Tifón, el Genio del Mal, el Satán del Gnosticismo, la materia bruta, siempre en contienda con el Espíritu que fluye de la Deidad; y al que Har-Oeri, el Redentor, Hijo de Isis y Osiris, finalmente vencerá.

En el Zend-Avesta de los persas el Ser Supremo es *Tiempo Sin Límite*, Zerván - Akerene. No se le puede asignar origen, pues Él estaba envuelto en Su propia Gloria, y Su Naturaleza y Atributos resultan tan inaccesibles para la Inteligencia humana que no puede ser sino objeto de una silenciosa veneración. El comienzo de la Creación fue por emanación de Él. La primera emanación fue la Luz Primitiva, y de esta Luz emergió Ormuz, el Rey de Luz, quien, por medio

de la palabra, creó el Mundo en su pureza, y es su Preservador y Juez, un Ser Santo y Sagrado, Inteligencia y Conocimiento, Él Mismo Tiempo sin límite, y dispone todas las potencias del Ser Supremo.

En esta fe persa, tal y como fue enseñado muchos siglos antes de nuestra era, y queda recogido en el Zend-Avesta, había en el hombre un Principio puro, que procedía del ser Supremo, originado en la Voluntad y la Palabra de Ormuz. A ello iba unido un principio impuro que procedía de una influencia externa, la de Ahrimán, el Dragón, Principio del Mal. Tentados por Ahrimán, el primer hombre y la primera mujer cayeron; y durante doce mil años debía haber guerra entre Ormuz y los espíritus buenos creados por él, y Ahrimán y los espíritus perversos a los que él había llamado a la existencia. Pero puesto que las almas puras son ayudadas por los Espíritus Buenos, el triunfo del Principio Bueno está determinado en las disposiciones del Ser Supremo, y el momento del triunfo llegará inevitablemente. En el momento en que la Tierra esté más afligida por los males acarreados por los espíritus de la perdición, tres profetas aparecerán para traer ayuda a los mortales. Sosiosh, Jefe de los Tres, regenerará el Mundo, y lo restaurará a su primitiva belleza, fuerza y pureza. Él juzgará a

justos y pecadores. Tras la Resurrección Universal de los Buenos, los espíritus puros los conducirán a una morada de felicidad eterna. Ahrimán, sus demonios, y todo el mundo será purificado en un torrente de metal líquido incandescente. La Ley de Ormuz regirá en todo momento y lugar, todos los hombres serán felices, y disfrutarán de una gloria inalterable, entonando con Sosiosh alabanzas al Ser Supremo.

Estas doctrinas, con algunas modificaciones, fueron adoptadas por los Cabalistas, y posteriormente por los Gnósticos.

Apolonio de Tiana dice: "Rendiremos el culto más apropiado a la Deidad, si a ese Dios al que llamamos el Primero, que es Uno, y separado de todo, y tras el cual reconocemos a los otros, no le presentamos ofrendas de ningún tipo, no le encendemos ningún fuego y no le dedicamos ninguna cosa sensible; pues Él no necesita nada, ni siquiera de lo que pudiesen ofrendarle naturalezas más elevadas que las nuestras. No hay planta que produzca la Tierra, ni animal que alimente el aire, que no resulte impuro a Su vista. Al dirigirnos a Él, debemos emplear únicamente la palabra más elevada, la que no se expresa con la boca, sino que es una palabra silenciosa e interior que designa al más glorioso de todos los seres; debemos buscar bendiciones por medio de

aquello que es lo más glorioso de nosotros mismos, que es el espíritu, y que no necesita de la parte corporal".

Estrabón dice: "Esta Esencia Suprema y Una es la que nos abarca a todos y a todo, la Tierra y el Agua, lo que denominamos los Cielos, el Mundo y la Naturaleza de las cosas. El Ser Supremo debería ser adorado, sin imágenes visibles, en grutas sagradas. En tales retiros el devoto debería yacer en el suelo y dormir, esperando signos de Dios en sus sueños".

Aristóteles dice: "Se ha plasmado de una forma mítica, desde los primeros tiempos hasta la posteridad, que hay Dioses, y que lo Divino rige toda la Naturaleza. A esto se le ha hecho todo tipo de añadidos, según la manera mítica, con el propósito de persuadir a la multitud, y por interés de las leyes y la conveniencia del estado. De esta forma los hombres han otorgado a los dioses formas humanas, dando lugar a una rica mitología. Pero si, de todo esto, separamos el principio original, y lo consideramos por separado, es decir, consideramos que las primeras Esencias son Dioses, entonces descubriremos que ha sido descrito divinamente; y dado que es probable que la filosofía y las artes hayan sido, por así decirlo, perdidas y encontradas varias veces, tales doctrinas han podido ser preservadas hasta

nuestros días como vestigios de la antigua sabiduría.

Porfirio dice: “Los antiguos representaban a Dios por imágenes dirigidas a los sentidos; tipificaron lo invisible por medio de lo visible para aquellos que tenían que aprender a leer, en este lenguaje, el gran tratado sobre los dioses. No debemos preguntarnos si el ignorante considera las imágenes como realidades y no como símbolos; pues el ignorante no ve en el libro nada más que lo evidente”.

Apolonio de Tiana sostiene que el nacimiento y la muerte solo existen en apariencia; que lo que se separa de la sustancia *una* (la *una* Esencia Divina), y es atrapado por la materia, parece haber nacido; que, igualmente, lo que parece liberarse de las ataduras de la materia y se reúne con la *una* Esencia Divina, parece morir. Hay, como mucho, una alteración entre hacerse visible y hacerse invisible. En ambos casos no hay, hablando con propiedad, más que la Esencia Una, que es la única que actúa y padece convirtiéndose en todas las cosas: el Dios Eterno, al que los hombres malinterpretan cuando le desposeen de lo que, en realidad, únicamente le puede ser atribuido a Él, y lo atribuyen a otros nombres y entidades.

Los neoplatónicos sustituyeron la idea del Absoluto por la misma Esencia Suprema. Como el primero, era el principio más simple, anterior a toda existencia, de la que no puede afirmarse nada concreto; a la que no se puede atribuir conciencia ni autocontemplación; pues hacerlo implicaría inmediatamente una cualidad, una distinción de sujeto y objeto. Esta Entidad Suprema puede ser conocida únicamente por medio de la intuición intelectual del espíritu, trascendiéndose a sí mismo y emancipándose de sus propios límites.

Esta mera tendencia lógica, por medio de la cual los hombres pensaban llegar a la concepción de tal absoluto, el *on* (ον), iba unida a un cierto misticismo, el cual, por un estado trascendente de sentimiento, comunicaba, por así decirlo, a esta abstracción, lo que la mente percibía como realidad. La absorción del Espíritu en esa superexistencia (το επεκεινα της ουσιας), de forma que se sintiese totalmente identificado con el ον, o la revelación del ον al espíritu, era considerado como el fin más sublime que la vida espiritual pudiese alcanzar.

La idea que tenían de Dios los neoplatónicos era la de Una Esencia Original, simple y una, exaltada sobre toda la pluralidad y todo lo que estuviese por llegar; el único Ser verdadero, inmóvil y eterno (Εις ων ενι τω νυν το αει πεπληρωκε και

μονον εστι το κατα τουτον οντως ων), del cual emanaron todas las cosas existentes, siendo el mundo de los Dioses, más afín a la Esencia Original, creado en primer lugar, como cabeza de las demás creaciones. En estos Dioses, esa perfección que en la Esencia Suprema quedaba contenida y sin evolucionar, se expandía y resultaba cognoscible. Servían para mostrar de diferentes formas la imagen de esa Esencia Suprema a la que ningún alma puede elevarse, salvo en la más sublime de las contemplaciones, y solo tras haberse liberado de sus ataduras a los sentidos y a todas las apariencias. Los Dioses son mediadores entre el hombre (embotado y estupefacto ante las apariencias) y la Unidad Suprema.

Filón dice: "Aquel que no cree en los Milagros sencillamente porque resultan milagrosos, ni conoce a Dios, ni nunca lo ha buscado; pues de otra forma habría comprendido, contemplando esa visión verdaderamente grande y sobrecogedora, el milagro del Universo, que esos milagros (que forman parte de la Providencia de Dios para Su pueblo) no son más que un juego de niños para el Poder Divino. Mas lo verdaderamente milagroso es despreciado por resultar familiar. Lo universal, por el contrario, aunque en sí mismo sea insignificante, ya sea por novedad o por nuestro

amor, nos enciende con entusiasmo.

En oposición al antropocentrismo de las Escrituras hebreas, los judíos alejandrinos intentaron purificar la idea de Dios de cualquier característica humana. Al excluir todas las pasiones humanas, Dios quedaba sublimado en algo exento de todo atributo, trascendental por completo; y el puro Ser (ον), el Bien en Sí mismo y por Él mismo, el Absoluto del platonismo, fue sustituido por la Deidad personal (יהוה) del Antiguo Testamento. Al elevarse por encima de toda existencia creada, la mente, independizada del mundo de los sentidos, alcanza la intuición intelectual de este Ser Absoluto; del cual, en todo caso, no se puede predicar más que la existencia, dejando al margen cualquier otra cualidad, pues no respondería a la naturaleza exaltada de la Esencia Suprema.

De esta forma, Filón hace una distinción entre aquellos que son Hijos de Dios en el verdadero sentido, y que se han elevado a ellos mismos hasta el más alto Ser, o lo que es lo mismo, han alcanzado un conocimiento de Él en Su propia manifestación inmediata por medio de la contemplación, y aquellos que conocen a Dios únicamente por la percepción mediata a través de la Revelación, en la que él se manifiesta velado en la letra de la Escritura, es decir, aquellos que

solo alcanzan al Logos, y lo consideran el Dios Supremo, y son Hijos del Logos, más que Hijos del Verdadero Ser, ον.

Dios, dice Pitágoras, no está sujeto a los sentidos ni a las pasiones, sino que es invisible, únicamente inteligible, e inteligente de forma suprema. En Su cuerpo Él es como la luz, y en su Alma se parece a la verdad. Él es el espíritu universal que impregna y se difunde por toda la Naturaleza. Todos los seres reciben su vida de él. No hay más que un solo Dios, que no está, como algunos imaginan, sentado por encima del mundo, más allá del orbe y del Universo; sino que es Él Mismo todo en todo, Él contempla todos los seres que llenan su Inmensidad; Él ordena y dispone todas las cosas; Él es la Razón, la Vida y el Motor de todo lo que existe.

"Yo soy la Luz del Mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la Luz de Vida". Así dijo el Fundador de la religión cristiana, siendo Sus palabras registradas por el Apóstol Juan.

Según las sagradas escrituras de los hebreos, Dios se apareció a Moisés en una llama de fuego, en un arbusto que no se consumía. Dios descendió al Monte Sinaí, como el humo de una *fundición*. Se apareció ante los hijos de Israel, de día, en una

columna de *humo*, y de noche, en una columna de *fuego*, para darles *luz*. "Invocad el nombre de vuestros dioses", dijo Elías el Profeta a los sacerdotes de Baal, "y yo invocaré el nombre de Adonai; y el dios que responda por *fuego*, que sea Dios".

Conforme a la Cábala y a las doctrinas de Zaratustra, todo lo que existe ha emanado de una fuente de luz infinita. Antes de todas las cosas, existía el Ser Primitivo, el *Antiguo de los Días*, el Rey Antiguo de la Luz, título muy remarcable, pues es otorgado frecuentemente al Creador en el Zend-Avesta, y aparece en el Códice de los Sabeos y en las Escrituras hebreas. El Mundo era Su revelación, Dios revelado; y subsistía únicamente en Él. Sus atributos fueron reproducidos en él con distintas modificaciones y en distintos grados, de forma que el Universo era Su Santo Esplendor, Su Manto. Dios debe ser adorado en silencio, y la perfección consiste en una mayor proximidad a Él.

Antes de la creación de los mundos, la Luz Primitiva llenó todo el espacio, de forma que no hubiese vacío. Cuando el Ser Supremo, existiendo en esa Luz, decidió desplegar Sus perfecciones, o manifestarlas en los mundos, Él se retiró a su interior, formó a su alrededor un espacio vacío, y tuvo lugar su primera emanación: un rayo de luz,

causa y principio de todo lo que existe, que compartía el principio generativo y el principio conceptivo, que lo penetran todo, y sin los que nada podría subsistir ni un instante.

El hombre cayó, seducido por los espíritus perversos más alejados del Gran Rey de la Luz, espíritus del cuarto mundo, Asiah, cuyo jefe era Belial. Hicieron la guerra de forma incesante contra las Inteligencias puras de los otros mundos, quienes, como los Ameshas Spentas, Yazatas y Farohars de los persas eran los guardianes tutelares del hombre. En el principio todo era unísono y armonía, plenitud de la misma Luz Divina y de la perfecta pureza. Los Siete Reyes del Mal cayeron, y el Universo se turbó. Entonces el Creador tomó de los Siete Reyes los principios del Bien y la Luz, y los dividió entre los cuatro mundos de Espíritus, otorgando a los tres primeros las Inteligencias Puras, unidas en amor y armonía, mientras que al cuarto le fueron dados únicamente algunos débiles destellos de luz.

Cuando la lucha entre los espíritus del cuarto mundo y los ángeles buenos haya durado el tiempo establecido, y estos espíritus envueltos de oscuridad hayan intentado, durante largo tiempo y en vano, absorber la Vida y Luz Divinas, entonces vendrá el Eterno a corregirles. Les liberará de los bastos envoltorios de materia que les retienen

cautivos, y volverán a la vida y fortalecerán el rayo de luz o naturaleza espiritual que han preservado en su interior, y restablecerán de nuevo en el Universo la Armonía primitiva que era su Paraíso.

Marción el Gnóstico dijo: “El alma del verdadero cristiano, adoptado como hijo por el Ser Supremo, para el que durante largo tiempo ha resultado un extraño, recibe de Él la Vida Divina y el Espíritu. Es llevado y confirmado, por este don, a una vida santa y pura, como la de Dios; y si así completa su destino terrenal, en caridad, castidad y santidad, un día se deshará de su envoltura terrenal, como el grano se separa de la paja y el pájaro nace de su cáscara. Como los ángeles, compartirá el éxtasis del Padre Bueno y Perfecto, revestido de un cuerpo u órgano aéreo, a semejanza de los ángeles en el Cielo”.

Ya ves, mi hermano, cuál es el significado de la Luz Masónica. Ya ves por qué el Oriente de la Logia, donde la letra inicial del Nombre de la Deidad se haya situado encima del Venerable Maestro, es el lugar de la Luz. Luz contrapuesta a la Oscuridad, como el Bien es contrapuesto al Mal. Y es esa Luz, el conocimiento verdadero de la Deidad, el Dios Eterno, el que los masones de todas las épocas han buscado. Todavía marcha la Masonería diligentemente hacia esa Luz que brilla

en la distancia, la Luz de ese día en que el Mal, derrotado y vencido, desaparecerá para siempre, y la Vida y la Luz serán la única ley de un Universo en eterna Armonía.

El Grado de Rosa enseña tres cosas: la unidad, inmutabilidad y bondad de Dios; la inmortalidad del Alma; y la derrota final y extinción del mal, del error y el pesar por un Redentor o Mesías que todavía debe llegar, si no ha aparecido ya.

De esta forma se sustituyen los tres pilares del viejo Templo por otros tres que ya han sido explicados: *Fe* (en Dios, en la Humanidad y en el hombre mismo), *Esperanza* (en la victoria sobre el mal, en el progreso de la Humanidad y en un Más Allá), y *Caridad* (proveer las necesidades y ser tolerante con las faltas de los demás). Ser fiel, tener esperanza, ser indulgente; estas cualidades, en una era de egoísmo en la que el género humano merece un juicio amargo y severo, son las virtudes más importantes, así como los verdaderos soportes de todo Templo Masónico. Y en realidad mantiene los viejos pilares del Templo bajo distintos nombres. Pues solo es sabio el que juzga a los demás con caridad; solo es fuerte el que tiene esperanza, y no hay nada más bello que una fe firme en Dios, en nuestros semejantes, y en nosotros mismos.

La Segunda Cámara, revestida de luto, las columnas del Templo rotas y caídas, así como los hermanos inclinados en la más profunda tristeza, representan al mundo bajo la tiranía del Principio del Mal, donde la virtud es perseguida y el vicio recompensado; donde los justos hambrientos suplican pan y los perversos viven suntuosamente, vestidos de púrpura y lino; donde gobierna la ignorancia insolente, y el sabio e instruido es su sirviente; donde el rey y el sacerdote pisotean la libertad y los derechos de conciencia; donde la libertad se esconde en cavernas y montañas, y la adulación y el servilismo brotan y prosperan; donde el llanto de la viuda y del huérfano famélico y aterido de frío se eleva hacia el cielo desde un millón de chabolas miserables; donde los hombres, deseosos de trabajar, pero pereciendo de hambre junto con sus esposas e hijos, suplican humillantemente un trabajo, mientras el capitalista opulento hace parar sus molinos; donde la ley castiga a aquella mujer que, presa del hambre, roba una barra de pan y deja a su seductor ir libre; donde el éxito de un partido significa que el asesinato, la violencia y la rapiña queden sin castigo; y donde aquel que ha pasado toda su existencia engañando a los pobres y riéndose de ellos recibe cargos y honores en vida, y un gran funeral y un mausoleo espléndido tras la

muerte. La Segunda Cámara representa el mundo donde, desde su creación, la guerra nunca ha cesado, ni el hombre se ha detenido en la triste tarea de torturar y asesinar a su hermano: el mundo que ha sido convertido en un pandemonium por la ambición, la avaricia, la envidia, el odio, la lujuria y el resto de ejércitos de Ahrimán y Tifón; el mundo que se ha hundido en el pecado, apestando de iniquidad, clamando de dolor y miseria. Si cualquiera desea ver en ello el dolor de la Cofradía ante la muerte de Hiram, el pesar de los judíos ante la caída de Jerusalén, la desgracia de los templarios en la hecatombe de su orden y la muerte de De Molay, o la agonía del mundo y la locura desesperada ante la muerte del Redentor, está en su derecho de hacerlo así.

La Tercera Cámara representa las consecuencias del pecado y el vicio, y el infierno en que se convierte el corazón humano debido a sus pasiones abrasadoras. Si alguien ve en ello el Hades de los griegos, la Gehenna de los hebreos, el Tártaro de los romanos o el Infierno de los cristianos, o únicamente la agonía del remordimiento y la tortura de la conciencia, está en su derecho de hacerlo así.

La Cuarta Cámara representa el Universo, liberado del insolente dominio y tiranía del Principio del Mal, y brillante gracias la

verdadera Luz que fluye de la Deidad Suprema; cuando el pecado y el error, el dolor y el pesar, el remordimiento y la miseria ya no existan; cuando los grandes planes de la Infinita Sabiduría Eterna se hayan cumplido totalmente; y todas las criaturas, viendo que el mal visible y el sufrimiento individual y el error no eran más que gotas que se han deslizado por el gran río de la bondad infinita, conocerán cuán vasta es la Bondad de la Deidad, Su Beneficencia, y la Infinitud de Su Poder. Si alguien ve en ello algunos misterios concretos del pasado, o una fe o credo particular, o una alusión a cualquier elemento histórico, está en su derecho de hacerlo así. Que cada uno aplique sus símbolos como le plazca. Para todos tipifican la regla universal de la Masonería, la regla de sus tres virtudes, Fe, Esperanza y Caridad; o del Amor Fraternal y la Benevolencia Universal. Nuestro trabajo en este Grado no tiene otro fin. Estos símbolos no necesitan otra interpretación.

Las obligaciones de nuestros antiguos hermanos de la Rosa eran cumplir los deberes de la amistad, la caridad, la paz, la liberalidad, la templanza y la castidad; y evitar escrupulosamente la impureza, la arrogancia, el odio, la ira y cualquier otra clase de vicio. Extrajeron su filosofía de la antigua teología

egipcia, como hicieron Moisés y Salomón, y tomaron prestados los hieroglifos y códigos de los hebreos. Sus reglas principales eran ejercitar la Medicina de forma caritativa, avanzar en la causa de la virtud, aumentar el conocimiento e inducir a los hombres a vivir como en los primeros tiempos del mundo.

Es irrelevante en qué época tuvo su origen este grado, y con qué rituales ha sido practicado en los distintos tiempos y lugares. Es verdaderamente antiguo. Sus ceremonias difieren con la longitud y la latitud, y siempre recibe distintas interpretaciones. Pero si estudiásemos todos los distintos ceremoniales, sus símbolos, fórmulas y emblemas, veríamos que todo aquello que pertenece de forma esencial y primitiva al Capítulo es respetado en todos los santuarios. Todos practican la virtud para que produzca fruto. Todos trabajan, como nosotros, para extirpar el vicio, purificar al hombre, desarrollar las artes y ciencias y para aliviar a la humanidad.

Ningún Capítulo admite un candidato a su sublime conocimiento filosófico, ni a sus ciencias mistéricas, hasta que ha sido purificado en el altar de los grados simbólicos. ¿Qué importan las diferencias en lo concerniente a la genealogía y edad del Grado, o sus variaciones en la práctica, el ceremonial y la liturgia, o el color del

estandarte bajo el que marchaba cada tribu de Israel, si todos reverenciamos el Santo Arco Real de los grados Simbólicos, fuente primera e inalterable de la Francmasonería; si todos reverenciamos nuestros principios tradicionales y permanecen con nosotros en los grandes propósitos de nuestra Orden?

Si, en algún lugar, hermanos de ciertas religiones han sido excluidos de este Grado, eso únicamente demuestra cuán gravemente pueden malinterpretarse los propósitos y el método de la Masonería. Pues siempre que la puerta de cualquier grado es cerrada contra aquel que cree en un Dios y en la inmortalidad del Alma en razón de sus creencias religiosas, ese grado deja de ser Masonería. Ningún masón tiene derecho a interpretar los símbolos de este grado para otro hermano, ni tampoco a rechazarlo en estos misterios porque no acepte una explicación o comentario sobreañadido. Escucha, mi hermano, nuestra interpretación de los símbolos de este Grado, y a continuación dales la interpretación que tú creas conveniente.

La Cruz ha sido un símbolo sagrado desde la más remota antigüedad. Aparece en todos los monumentos duraderos del mundo, en Egipto, Asiria, Indostán, Persia, y en las torres budistas

de Irlanda[1]. Se dice que Buda murió en Irlanda. Los druidas cortaron un roble en forma de cruz y lo consagraron, y construyeron sus templos de esa forma. Señalando a los cuatro puntos cardinales, esta cruz era símbolo de la Naturaleza universal. Se dice que Krishna expiró en un árbol cruciforme, atravesado con flechas. La cruz era reverenciada en Méjico.

La Rosa estaba antiguamente consagrada a la Aurora y al Sol. Era un símbolo del *Amanecer*, de la resurrección de la Luz y de la renovación de la vida, y por lo tanto del amanecer del primer día, y más exactamente de la Resurrección; y la Cruz y la Rosa deben leerse conjuntamente de forma jeroglífica: *el Amanecer de la Vida Eterna* que todas las naciones han esperado por medio del adviento de un Redentor.

El Pelícano alimentando a sus crías es un emblema de la amplia y abundante beneficencia de la Naturaleza, del Redentor del hombre caído, y de la humanidad y caridad que debería distinguir a un Caballero de este Grado.

El águila era el símbolo viviente del dios egipcio Mendes o Menthra, al que Sesotris-Ramsés hizo uno con Amón-Ra, el dios de Tebas y el Alto Egipto, y representa el Sol, pues la palabra Ra significa *Sol* o *Rey*.

El Compás con la Corona en su extremo superior significa que, por muy alto grado que alcance en Masonería un Caballero Rosacruz, su conducta siempre estará gobernada por la equidad y la imparcialidad.

Se han asignado muchos significados a la palabra INRI inscrita en la Cruz Ansata sobre el Sillón de Maestro. El iniciado cristiano contempla reverencialmente en ella la misma inscripción que coronaba la Cruz en que sufrió Cristo: *Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum*. Los sabios de la antigüedad lo relacionaron con uno de los grandes secretos de la Naturaleza, *Igne Natura renovatur integra* (toda la Naturaleza es renovada por el fuego). Los Alquimistas y los masones herméticos vieron en esas letras el aforismo *Igne nitrum roris invenitur* (el nitro se obtiene del rocío mediante el fuego). Y se atribuye a los jesuitas haberle aplicado el odioso axioma *Iustum necare reges impios* (*Es justo matar a los reyes impíos*). Las cuatro letras son las iniciales de las palabras hebreas que representan los cuatro elementos: *Iammim*, los mares o el agua, *Nour*, el fuego, *Rouach*, el aire, y *Iebeschah*, la tierra seca.

La Cruz, ×, era el signo de la Sabiduría Creativa o Logos, el Hijo de Dios. Platón dice: “Él se

plasmó en el Universo en la figura de la letra **X**. El Poder inherente al Dios Supremo quedó plasmado en la forma de una Cruz en el Universo". Mitra rubricaba a sus soldados en la frente con una cruz. **X** es la marca de 600, el misterioso círculo de las encarnaciones.

Vemos constantemente la Tau y la Resh unidas en ☧. Estas dos letras, en antiguo samaritano, tal y como es descrito por Arrio, representan, la primera la cifra 400, y la segunda la cifra 200, lo que hace un total de 600. Este era el monograma de Osiris, y fue adoptado por los cristianos como signo. Sobre una medalla de Constantino figura esta inscripción: *In hoc signo victor eris* ☧. Una inscripción en el Duomo de Milán reza **X•** et **P•** Christi • Nomina • Sancta • Tenei. Los egipcios empleaban como signo de su Dios Canope indiferentemente una **T** o una ✢. Los Vaishavas de la India tenían la misma Tau sagrada, que marcaban de esta manera: ✢ y con triángulos, así: . Las vestimentas de los sacerdotes tibetanos de los cornos estaban cubiertas con cruces , e igualmente lo está la túnica del Lama tibetano. Las marcas de la secta de los Jainistas es ✢✢ . El emblema distintivo de la secta de los *Xac Japonicus* es 卍. Es el signo de Fo, idéntico a la Cruz de Cristo. En las ruinas de Mandore, en la India, entre otros emblemas místicos, figura el

triángulo místico, así como el triángulo entrelazado: . Este símbolo es también encontrado en antiguas monedas y medallas aparecidas en las ruinas de Oojein y otras antiguas ciudades de la India.

Entraste aquí entre niebla y sombras, y vestido de forma desaliñada. ¡Lamenta, con nosotros, la triste condición de la raza humana en este valle de lágrimas! ¡Lamenta las calamidades de los hombres y las agonías de las naciones, la oscuridad del alma embrutecida, oprimida por la duda y la ansiedad!

No hay alma humana que no se encuentre triste en ocasiones. No hay alma reflexiva que no se halle en momentos desesperada. Quizá no haya ningún alma, de entre aquellas que piensan en algo más que en las necesidades del cuerpo, que no se encuentre en algún momento temblorosa y sobrecogida ante las aterradoras preguntas que, haciéndonos sentir casi culpables por el mero hecho de planteárnoslas, se nos susurran en nuestras más recónditas profundidades. Algún demonio parece torturar el alma con dudas y atormentarla con la desesperanza, preguntando si, después de todo, sus convicciones son ciertas y su fe está bien fundada; si es cierto y seguro que un Dios de Infinito Amor y Bondad gobierna el Universo, o si es regido únicamente por un

Destino exento de remordimiento y una Necesidad de hierro, envuelta en una niebla impenetrable, para la que los hombres, sus sufrimientos y sus pesares, sus esperanzas y alegrías, ambiciones y obras, no son de mayor interés que las motas de polvo que flotan en el aire entre los rayos de Sol. O si el Universo es administrado por un Ser que se divierte con increíble vanidad e insensatez, con los estertores y contorsiones de los insignificantes insectos que componen la Humanidad, y que, en su ingenuidad, creen que se parecen al Omnipotente. "¿Qué somos nosotros" –pregunta el Tentador– sino muñecos en una representación de marionetas? ¡Oh, omnipotente Destino, tira de nuestras cuerdas con suavidad! ¡Haznos bailar con piedad en este miserable escenario!".

"¿Acaso no es" –susurra el Demonio– "únicamente la vanidad desordenada del hombre la causa de que crea que es como Dios en intelecto, simpatías y pasiones, de la misma manera que fue esa vanidad la que, al principio, le hizo creer que él era, en su forma corporal y órganos, la misma imagen de la Deidad? ¿Acaso no es su Dios meramente su propia sombra, proyectada de forma gigantesca sobre las nubes? ¿No crea el hombre un Dios de sí mismo y para sí mismo, únicamente añadiendo extensión indefinida a sus propias facultades, poderes y

pasiones?”.

¿Quién –susurra la Voz que no está siempre silente– ha quedado satisfecho por completo con sus propios razonamientos respecto a su propia naturaleza? ¿Quién se demostró jamás a sí mismo, de una forma tan concluyente que elevase la creencia al rango de certeza, que era un espíritu inmortal que moraba de forma únicamente temporal en esta casa y prisión que es el cuerpo, y que viviría para siempre una vez que el cuerpo se hubiese corrompido? ¿Quién ha demostrado o cree demostrar que el intelecto del hombre difiere del de los más sabios animales en otra cosa que no sea el grado? Y la Voz pregunta, con un trasfondo aún más terrible, en qué aspecto las masas humanas, los inmensos enjambres de la raza humana, se han demostrado más sabios o mejores, y más merecedores que los animales, en cuyos ojos brilla una inteligencia apagada y sin conocimiento, de gozar de una vida inmortal. ¿Acaso eso sería un premio de algún valor para la vasta mayoría? ¿Muestran los hombres, aquí en la Tierra, alguna capacidad para mejorar, alguna adecuación para un estado de existencia en el que no podrían arrodillarse ante el poder, temer al látigo como perros o esclavizar a los débiles indefensos; para un estado en que no podrían odiar, perseguir, torturar y exterminar; para un

estado en el que no podrían comerciar, especular, amasar riquezas, exprimir al pobre, engañar al confiado, apostar y jugar, mirar con desprecio a los que han errado y criticar los defectos del prójimo mientras dan gracias a Dios por ser distintos del resto de los hombres? ¿Cuál sería, para muchos hombres, el valor de un cielo donde no se puede mentir ni difamar, donde no se puede estafar para obtener un beneficio?

Miramos tristemente a nuestro alrededor, y leemos los registros monótonos y tediosos de edades muertas y podridas. Se extienden más de dieciocho siglos en el reino espectral del Pasado, desde que Cristo, predicando la Religión del Amor, fue crucificado. Aún hoy sus doctrinas no son todavía aceptadas como verdaderas por una cuarta parte de la humanidad. Desde su muerte, ¡qué incalculables enjambres de seres humanos han vivido y fallecido sin creer en lo que consideramos esencial para la Salvación! ¿Qué multitudinaria miríada de almas, desde que la espesa e impenetrable oscuridad de la superstición idólatra está presente en la Tierra, ha sido conducida como rebaño al eterno Trono de Dios para recibir su juicio?

La Religión de Amor demostró ser, durante diecisiete largos siglos, una religión de dicha y alegría, pero también una religión con una

tendencia a la persecución infinitamente más acusada que en el Islam, su rival irreductible. Las herejías surgieron antes de que los Apóstoles muriesen; y Dios odiaba a los nicolaitas mientras Juan, en Patmos, anunciaba Su ira por llegar. Las sectas discutían, y conforme una ganaba el poder, perseguía a las otras, hasta que el suelo de toda la Cristiandad se halló anegado en sangre y cubierto de los huesos de los mártires, al tiempo que la mente humana, en su cruel ignorancia, se esforzaba por perfeccionar nuevos métodos de tormento que prolongasen e hiciesen más exquisitas las torturas.

¿Con qué derecho, susurra la Voz, este animal salvaje, impío y predador, para el que el sufrimiento y la angustia ajena supone la más agradable de las sensaciones, que no se preocupa más que de comer, dormir y revolcarse en placeres mundanos, siendo incluso los mejores de ellos pendencieros, prestos al odio, envidiosos y, solo en contadas excepciones, generosos ante los intereses ajenos, con qué derecho se atreve a engañarse creyendo que no es un animal como el lobo, la hiena o el tigre, sino algo más noble, un espíritu destinado a ser inmortal, una chispa de la Luz, Fuego y Razón esenciales, que son Dios? ¿Qué inmortalidad que no sea una inmortalidad de egoísmo puede disfrutar esta criatura? ¿De qué

otra sería capaz? ¿Acaso no comienza la inmortalidad *aquí* y no es la vida una parte de *ella*? ¿Cómo cambiaría la muerte la mezquina naturaleza del alma? ¿Por qué no tienen los demás animales, que apenas imitan la crueldad salvaje e innecesaria de los humanos y su sed de sangre, el mismo derecho que el hombre tiene a esperar la resurrección, una existencia eterna y un Cielo de Amor?

El mundo mejora. El hombre cesa de perseguir (cuando los perseguidos son tan numerosos y fuertes que no pueden ser sometidos). Una vez cancelada esa fuente de placer, el hombre ejercita su ingenio para la crueldad en los animales y otros seres vivos inferiores a él. Desposeer a otras criaturas de la vida que Dios les dio, y no por necesidad de alimentarnos con su carne, sino por pura maldad y crueldad, es el agradable divertimento del hombre que se jacta de ser el Señor de la Creación, tan solo un poco inferior a los Ángeles. Si ya no puede usar el potro de estiramiento, las tenazas, las jaulas colgantes y el poste, sí puede odiar, difamar, y al mismo tiempo deleitarse en el pensamiento de que, en lo sucesivo, y mientras disfruta lujosamente de las sensuales beatitudes del Cielo, contemplará con placer las horribles agonías de aquellos justamente condenados por atreverse a sostener

opiniones contrarias a la suya propia en materias que quedan totalmente por encima de la comprensión tanto de ellos como de él.

Donde los ejércitos de los déspotas cesan de masacrar y rapiñar, los ejércitos de la *Libertad* toman su lugar, y blancos y negros juntos asesinan, queman y arrasan. Cada época revisita los crímenes y locuras de los predecesores, y todavía la guerra justifica la furia y convierte fértiles campos en desiertos, mientras se da gracias a Dios en las iglesias por las sangrientas carnicerías, y los devastadores, sin remordimientos incluso cuando están henchidos de robo y rapiña, son coronados con laurel y reciben ovaciones. Del conjunto de la humanidad, ni uno de cada diez mil tiene aspiraciones que excedan las necesidades diarias de la bruta vida animal. En esta y en toda época, todos los hombres, excepto unos pocos, en la mayoría de los países, nacen para ser bestias de carga, colaboradores del caballo y el buey. Profundamente ignorantes, incluso en las naciones civilizadas, piensan y razonan en función de su interés material. Para ellos Dios, el Alma, el Espíritu y la Inmortalidad no son más que palabras sin significado real. El Dios de diecinueve vigésimas partes del mundo cristiano es únicamente Bel, Moloch, Zeus, o como mucho

Osiris, Mitra o Adonai, pero tras otro nombre, adorado bajo las viejas ceremonias y fórmulas ritualísticas paganas. Es la estatua de Júpiter Olímpico, adorada como Padre, la que se adora en una iglesia que antes fue templo pagano. Es la imagen de Venus la que se ha convertido en la Virgen María. La mayor parte de los hombres no cree en su corazón que Dios sea justo o piadoso. Ellos temen ante sus rayos y se aterrorizan ante su ira. La mayor parte *cree que cree* en otra vida, en un juicio y en el castigo para el pecado. Pero aun así perseguirán como infieles y ateos a aquellos que *no creen* que lo ellos *imaginan que creen*, pero que no creen en realidad, porque es incomprensible para ellos en su ignorancia y falta de intelecto. Para la vasta mayoría de la humanidad, Dios no es más que la imagen reflejada, en espacio infinito, del tirano terrenal en su trono, solo que más poderoso, inescrutable e implacable. Para convertirse en una maldición para la humanidad, el déspota sólo tiene que ser lo que la mente popular ha imaginado que era Dios en las distintas épocas.

En las grandes ciudades, los estratos más bajos del populacho carecen de fe y de esperanza. El resto posee, en su mayoría, una fe ciega, impuesta por la educación y las circunstancias, y desde luego no produce excelencia moral ni al menos

honestidad cotidiana como sucede con el islamismo. “Tus propiedades estarán a salvo aquí” –dice el musulmán– “pues aquí no hay cristianos”. El mundo filosófico y científico se vuelve cada día más escéptico y pierde la fe. La Fe y la Razón no son opuestos, sino que deben encontrarse en un equilibrio mutuo; pero cuando se plantean como antagonistas y hostiles la una con la otra, el resultado es la oscuridad y la desesperanza del escepticismo, presentado o medio velado como racionalismo.

En más de tres cuartas partes del globo la humanidad todavía se arrodilla, como los camellos, para poner sobre sí las cargas que transportarán para sus tiranos. Cuando una república se eleva ocasionalmente como una estrella, inmediatamente se precipita en un baño de sangre. Los reyes no necesitan declararle la guerra ni intentar aplastarla. Tan solo es preciso dejarla sola para que la violencia se apodere de ella. Y cuando un pueblo largo tiempo esclavizado se deshace de sus cadenas, haríamos bien en preguntarle:

¿Podrá el fanfarrón que grita
En pos de una ciega visión de la Libertad,
Asociarla, en su frenesí, odiado por el sabio

A la Ley, al Orden y al Poder?

Shall the braggart shout
For some blind glimpse of Freedom, link itself,
Through madness, hated by the wise, to law,
System and Empire?

El trabajador es, en cualquier lugar del mundo, y de una u otra manera, esclavo del capital; por lo general, resulta un esclavo alimentado únicamente mientras que el trabajo es aprovechable para el empresario, y queda reducido a la consideración de mero factor productivo. Hay hambruna en Irlanda, huelgas y penuria en Inglaterra, indigencia y cuchitriles infectos en Nueva York, miseria, suciedad, ignorancia, la brutalidad del vicio y la insensibilidad a la vergüenza de la mendicidad desesperada en cada chabola y en cada alcantarilla. Aquí, una costurera pasa hambre y frío. Allí, una mujer mata a sus hijos para que los que permanecen con vida puedan sobrevivir con el pan comprado con el subsidio obtenido para el entierro; y en la puerta de al lado chicas jóvenes se prostituyen a cambio de alimento.

Más aún, dice la Voz, esta raza embotada no está satisfecha de ver como sus multitudes son

barridas por las grandes epidemias cuyas causas son desconocidas, y castigadas por la justicia de una sabiduría que la mente humana no puede concebir. Igualmente debe encontrarse siempre en Guerra. No ha habido un momento, desde que el hombre fue dividido en tribus, que todo el mundo haya estado en paz. Los hombres siempre han estado ocupados en matarse mutuamente en alguna parte. Los ejércitos siempre han vivido del trabajo de los hombres, de los esposos, y la guerra siempre ha agotado los recursos de las naciones, desperdiciado las energías y destruido la prosperidad de los países. Carga a la posteridad por llegar con deudas aplastantes, hipoteca todas las haciendas y trae a los estados la vergüenza, la infamia y el odio.

A veces, las perversas hogueras de la guerra inflaman a todo un continente simultáneamente; como cuando todas las monarquías se unen para forzar a un pueblo a recibir de nuevo a una dinastía odiada y detestable, o los estados niegan a los estados el derecho a disolver una unión antinatural y crear por sí mismos un gobierno separado. Entonces las llamas que se habían extinguido se reavivan de nuevo en sus cenizas con furia renovada y concentrada. En ocasiones la tormenta asedia únicamente a áreas reducidas; otras veces sus destellos se ven por toda la

extensión del globo. No hay un mar donde no se escuche el bramido del cañón, ni río cuyas aguas no desciendan teñidas de sangre, ni llano que no tiemble por las pezuñas de los ejércitos a la carga, ni campo que no sea fertilizado por la sangre de los muertos. Y por doquier el hombre masacra, el buitre carroñea y el lobo aúlla al oído del soldado moribundo. No queda ciudad que no haya sido torturada por la bala y la granada, y no hay pueblo que no cometa la horrible blasfemia de dar gracias al Dios de Amor por sus victorias y carnicerías. Todavía se entonan Te Deums por la masacre de hugonotes en la noche San Bartolomé y por las Vísperas Sicilianas. La ingenuidad del hombre es engañada y toda su capacidad inventiva se pone al servicio de la creación de máquinas infernales de destrucción, de forma que los cuerpos humanos puedan ser aplastados, destrozados, despedazados y tullidos de forma más eficaz y expeditiva; y la humanidad hipócrita, ebria de sangre y empapada de violencia, clama al cielo por un único asesinato perpetrado por una venganza no menos cristiana, o para satisfacer a un Cupido no menos innoble que los asesinatos que son inspirados por el Diablo en el alma de las naciones.

Cuando hemos soñado cálidamente con Utopía y el Milenio, cuando hemos comenzado a creer que

el hombre no es, después de todo, un tigre domado a medias, y que el olor a sangre no despertará la bestia que hay en él, nos despertamos entre la agitación del sueño ilusorio para descubrir que la civilización no es más que una fina máscara. Nos acostamos para dormir, como los infortunados que vivían en las faldas del Vesubio. La montaña ha permanecido inerte durante tanto tiempo que la juzgamos extinta. Alrededor cuelgan los racimos de uvas, y las verdes hojas de los olivos se mecen en el suave aire nocturno. En el cielo las estrellas brillan en calma. Nos despierta el estallido de una nueva erupción, el rugido de los truenos subterráneos, los destellos de luz volcánica rasgando el cielo sepulcral; y descubrimos, aterrorizados, al torturado Titán elevando sus llamas entre las estrellas, con su gran árbol de humo y cenizas y los torrentes incandescentes derramándose por las laderas. El fragor y la agitación de la Guerra Civil nos rodea por todas partes: la tierra es un pandemónium, el hombre es un salvaje. Los grandes ejércitos cabalgan las pérfidas olas y dejan tras ellos desiertos despoblados y humeantes. Hay pillaje en todas las casas, arrancando hasta el mendrugo de pan de los labios del niño hambriento. El pelo gris se tiñe de sangre, y la virgen inocente suplica en vano

piedad ante la lujuria. La Ley, la Justicia, la Constitución, el Cristianismo, la Piedad, la Clemencia, desaparecen. Parece que Dios ha abdicado y que Moloch reina en su lugar, mientras la prensa y los púlpitos exaltan el asesinato universal y urgen al exterminio de los conquistados por la espada y la antorcha. Las bestias de presa humanas deben agradecer a los senados cristianos la licencia para saquear y asesinar.

La codicia comercial adormece los nervios de simpatía de las naciones, y las vuelven sordas a las demandas del honor, a los impulsos de la generosidad y a la llamada de aquellos que sufren bajo la injusticia. En otros lugares, la persecución universal de la riqueza destrona a Dios y rinde tributo y honores a Mamón y a Belcebú. El egoísmo es rey y señor, y todo el sentido de la vida se reduce a acaparar riquezas. Vilezas como el juego legal y la especulación se convierten en epidemias; la traición se interpreta como astucia, y los cargos públicos se consideran la presa de la facción vencedora. La Nación, como Acteón, es devorada por sus propios perros, y los villanos que han sido cuidadosamente enseñados en el negocio, se arrojan sobre ella cuanto más desesperada es la situación. ¿Con qué derecho – pregunta la Voz – una criatura siempre entregada a

la tarea del robo mutuo y al asesinato, y que hace del propio beneficio su dios, cree pertenecer a una naturaleza superior a la de las bestias salvajes, de las que él es prototipo?

Entonces las sombras de una horrible duda caen sobre el alma que gustosamente amaría, confiaría y creería; una oscuridad simbolizada por esa incertidumbre que le rodea. Se duda de la verdad de la Revelación, de la propia espiritualidad, de la misma existencia de un Dios bueno. Se pregunta si no es en vano esperar cualquier progreso de la Humanidad hacia la perfección, y si cuando avanza por una parte no retrocede por otra, por alguna ley de compensación; si el avance de la civilización no implica aumento del egoísmo, si la libertad no conduce necesariamente al desorden y a la anarquía, si la pobreza y envilecimiento de las masas no se sigue inevitablemente del aumento de la población y de la prosperidad comercial y fabril. Se pregunta si el hombre no se halla a merced de un destino ciego e inmisericorde; si toda la Filosofía no es más que una ilusión vana, y si las religiones son creaciones fantásticas fruto de la vanidad humana y la soberbia; y, sobre todo, cuando la Razón cesa de ser la guía, si la fe del budista o del brahmín no tiene el mismo derecho a reclamar ser la verdadera fe, y por lo tanto la misma falta de

credencial racional, que cualquier otro credo.

Entonces el hombre se pregunta a sí mismo si, después de todo, las injusticias palpables de esta vida, el éxito y la prosperidad del Mal, las calamidades, la opresión y las miserias de los Buenos no son la base de todas las creencias en la vida después de la vida. Al poner en duda la capacidad del hombre para el progreso indefinido aquí, se pone en duda la posibilidad de progresar en cualquier parte: y si el hombre no pone en duda que Dios exista, ni que sea justo y bueno, no por ello puede evitar escuchar el susurro recurrente que le dice que las miserias y calamidades de los hombres, su vida y su muerte, sus pesares y angustias, su exterminio por la guerra y las epidemias, son fenómenos de no mayor dignidad, significado e importancia, a los ojos de Dios, que las cosas de la misma naturaleza que acontecen a otros organismos de la materia; y que el pescado de los mares antiguos, destruido por miríadas para hacer hueco a otras especies, cuyas formas quedan como fósiles que testifican su agonía; los insectos del coral, los animales y pájaros y alimañas asesinadas por el hombre, tienen tanto derecho como él a clamar ante la injusticia de las disposiciones de Dios, y a exigir una vida inmortal en un nuevo mundo como compensación por sus penas, sufrimientos, y su muerte a

destiempo en este mundo.

Este no es un cuadro pintado por la imaginación. Muchas mentes brillantes han caído así en la duda y la desesperación. ¿Cuántos de nosotros podemos afirmar que nuestra fe está tan bien cimentada que nunca escucharemos esos susurros dolorosos dentro de nuestra alma? Es tres veces bendito aquel que nunca duda, aquel que rumia en paciente satisfacción o vaga bajo el opiáceo de la fe ciega, pues en su alma nunca se encontrará bajo la terrible sombra que es la ausencia de la Luz Divina.

Para explicarse la existencia del Mal y del Sufrimiento, los antiguos persas imaginaron que había dos Principios o Deidades en el Universo, una buena y otra mala, en constante conflicto mutuo y lucha por el poder, siendo alternativamente vencedor y vencido. Por encima de ambas, afirmaban los sabios, estaba el Uno Supremo; y para ellos la Luz prevalecería finalmente sobre la Oscuridad, el Bien sobre el Mal, e incluso Ahrimán y sus demonios redimirían sus naturalezas perversas y viciosas y compartirían la Salvación Universal. No se les ocurrió que la existencia de un Principio del Mal consentido por el Supremo Omnipotente dejaba la existencia del Mal tan poco justificada y explicada como antes. El ser humano siempre está

feliz si puede desplazar la dificultad un paso más lejos. No puede creer que el mundo no descanse en nada, sino que se satisface devotamente cuando se le enseña que es soportado por las espaldas de un inmenso elefante, que a su vez reposa sobre una tortuga. Si se proporciona la tortuga, la Fe estará satisfecha; y siempre ha sido fuente de gran felicidad para la multitud permitirles creer en un Diablo que pudiese liberar a Dios del oprobio de ser el autor del Pecado. Pero la Fe no es suficiente para vencer esta gran dificultad. Dicen, como el Suplicante. "*¡Señor, yo creo*!", pero, como él, están obligados a añadir "*¡Socorre, Señor, mi falta de fe*!". La razón debe, para estos, cooperar y coincidir con la Fe, so pena de permanecer en la oscuridad de la duda, la más triste de las condiciones humanas.

Aquellos que no se preocupan de nada más allá de los intereses y comodidades de esta vida no se inquietan por estos grandes problemas. Tampoco los animales los consideran. Es característica del alma inmortal intentar satisfacer su necesidad de inmortalidad e intentar comprender el gran enigma del Universo. Si el hotentote y el papuano no resultan turbados e inquietados por estas dudas y especulaciones, no por ello deben ser contemplados como sabios o afortunados. El cerdo, igualmente, es indiferente a los grandes

misterios del Universo, y es feliz siendo totalmente ignorante en lo concerniente a la vasta Revelación y Manifestación, en el Tiempo y el Espacio, de un solo pensamiento del Dios Infinito.

Exaltar y magnificar la Fe, y decir que la Fe comienza donde la Razón termina, debe, después de todo, tener una base, ya sea en la Razón, la Analogía, la Conciencia o el testimonio humano. El adorador de Brahma también tiene una fe implícita en lo que a nosotros nos parece palpablemente falso y absurdo. Su fe no descansa en la Razón, ni en la Analogía, ni en la Conciencia, sino en el testimonio de maestros espirituales y en los Libros Sagrados. El musulmán también cree en el testimonio positivo del profeta, y el mormón también puede decir "Creo en esto porque es imposible". Ninguna fe, por absurda o irreflexiva que parezca, ha necesitado nunca de estos cimientos, testimonios y libros. Los Milagros, demostrados por testimonios incontestables, han sido empleados como sustento para la Fe en todo tiempo; y los modernos milagros están cien veces mejor autentificados que los antiguos.

De forma que, al fin y al cabo, la Fe debe fluir de alguna fuente en nuestro interior, pues la evidencia de aquello en lo vamos a creer no está presente en nuestros sentidos o ello no

garantizaría en ningún caso la certeza de lo que es creído.

La Conciencia, o la convicción innata o heredada, o el instinto implantado por la divinidad, de la verdad de las cosas, es la mayor evidencia posible, si acaso no es la única prueba real, de la veracidad de ciertas cosas, aunque solo lo sea de una cierta clase de verdades.

Lo que llamamos Razón, que es nuestra imperfecta razón humana, no solo no puede acercarnos, sino que casi con toda certeza logrará alejarnos de la Verdad en lo concerniente a las cosas invisibles, y especialmente a las de la Infinitud, si determinamos no creer más que lo que puede ser demostrado y rechazar lo que, según el proceso lógico de la razón, pueda ser contradictorio, poco razonable o absurdo. Sus axiomas no pueden medir el arco de la Infinitud. Por ejemplo, para la razón humana, una Justicia Infinita y una Misericordia Infinita, en el mismo Ser, resultan inconsistentes e imposibles. La Razón puede demostrar que una excluye a la otra. Igualmente puede demostrar que, puesto que la Creación tuvo un comienzo, se deduce necesariamente que antes de que la Deidad comenzase a crear pasó una eternidad en la que permaneció inactiva.

Cuando contemplamos, en una clara noche sin luna, las estrellas brillando en el cielo, y pensamos que cada estrella fija es un Sol, poseyendo cada una probablemente su cortejo de mundos, todos poblados de seres vivientes, entonces tomamos conciencia de nuestra pequeñez en la escala de la Creación, y repentinamente nos damos cuenta de que buena parte de lo que ha sido la fe religiosa durante siglos no podría haber sido creída nunca si la naturaleza, tamaño y distancia de esos soles, así como de nuestro propio Sol, Luna y planetas del sistema solar, hubiesen sido conocidas por los antiguos como lo son para nosotros. Para ellos, todas las luces del firmamento fueron creadas únicamente para alumbrar a la Tierra, como lámparas o faroles colgados sobre ella. Se suponía que la Tierra era la única parte habitada del Universo. Mundo y Universo eran sinónimos. Los hombres no tenían noción de las inmensas dimensiones y distancias de los cuerpos celestiales. Los sabios de Caldea, Egipto, India, China y Persia siempre tuvieron un credo esotérico, enseñado únicamente en los Misterios y desconocido para el vulgo. Ningún sabio, en ningún país, ni en Grecia ni en Roma, compartió el credo popular. Para ellos los dioses y las imágenes de los dioses era símbolos; símbolos de verdades grandes y misteriosas. El

hombre vulgar imaginaba que la atención de los dioses estaba constantemente centrada en la Tierra y el hombre. Las Divinidades Griegas habitaban en el Olimpo, una montaña insignificante de la Tierra. Había una Corte de Zeus, a la cual Neptuno llegó desde el mar y Plutón y Perséfone desde las sombras del Tártaro, en las remotas profundidades de la Tierra. Dios descendió del Cielo y en el Sinaí dictó las leyes para los hebreos a su siervo Moisés. Las Estrellas eran los guardianes de los mortales, cuyos destinos y fortunas debían leerse en los movimientos de los astros, sus conjunciones y oposiciones. La Luna era esposa y hermana del Sol, y estaban ambos a la misma distancia de la Tierra, hechos para servir a la humanidad exclusivamente.

Si, con el gran telescopio de Lord Rosse, examinamos las vastas nebulosas de Hércules, Orión y Andrómeda, y encontramos en ellas más estrellas que granos de arena en la playa; si pensamos que cada una de esas estrellas es un sol como el nuestro o mucho mayor que el nuestro, teniendo cada uno sus mundos repletos de vida; si vamos más allá e intentamos concebir la infinidad del espacio, lleno de soles y mundos similares, nos estremeceremos y nos sentiremos ínfimos ante estas increíbles magnitudes.

El Universo, que es la palabra articulada de Dios, es *infinito* en extensión. No hay espacio vacío más allá de la Creación por ningún lado. El Universo, que es el Pensamiento de Dios pronunciado, no pudo no existir, pues Dios nunca fue inerte; ni fue sin pensamiento ni creación. Las formas de la creación cambian, los soles y los mundos viven y mueren como las hojas y los insectos, pero el Universo en sí es infinito y eterno, porque Dios es, era y será para siempre, y nunca se permitió *no pensar* y *no crear*.

La razón es reacia a admitir que una Inteligencia Suprema, todopoderosa e infinitamente sabia debe haber creado el Universo sin límites; pero ello también nos recuerda que somos tan poco importantes en él como los zoófitos y entozoos, o como las partículas invisibles de vida animada que flotan en el aire o como una ameba en una gota de agua.

Los cimientos de nuestra fe descansan sobre el supuesto interés de Dios en nuestra raza, un supuesto interesado y fácil de creer dado que el hombre se consideraba la única criatura creada inteligente, por lo que era eminentemente merecedor de un cuidado especial y de una vigilancia ansiosa por parte de un Dios que únicamente tenía esta Tierra por supervisar y que se contentaba con crear, en todo el infinito

Universo, un único ser con alma, que no fuese un mero animal. Y tales cimientos son ásperamente puestos en duda conforme el Universo se ensancha y expande para nosotros, de forma que la oscuridad de la duda y la desconfianza resultan cada vez más pesadas para el Alma.

La manera en que intentamos satisfacer nuestras dudas habitualmente sólo contribuye a aumentar esas dudas. *Demostrar* la necesidad de una causa para la Creación equivale a demostrar la necesidad de una causa para esa causa. El razonamiento que parte de un plan y un diseño solo elimina un paso del razonamiento. El Mundo reposa sobre un elefante, el elefante sobre una tortuga, y la tortuga sobre nada.

Sostener que los animales únicamente poseen instinto y que la razón es privilegio exclusivamente humano en absoluto justifica la diferencia radical que hay entre ellos y nosotros. Pues si los fenómenos mentales exhibidos por los animales que piensan, sueñan, recuerdan, deducen de causa a efecto, planean, disponen, combinan y comunican sus pensamientos a otros, de forma que puedan actuar racionalmente de forma conjunta en su amor, odio y venganza, pueden considerarse como resultado de la organización de la materia, como el color o el perfume, la hipótesis de un alma inmaterial para explicar los fenómenos del

mismo tipo, solo que más perfeccionados, manifestados por el ser humano, resulta completamente absurdo. El hecho de que la materia organizada pueda pensar o incluso *sentir* resulta el gran misterio insoluble. La palabra "instinto" no es sino un término vacío de significado, a no ser que se entienda como "inspiración". O bien es el animal mismo, o Dios en el animal, el que piensa, recuerda y razona; y el instinto, conforme a la interpretación habitual del término, constituiría el mayor y más asombroso de los misterios: algo no inferior a los dictados directos, continuos e inmediatos de la Deidad, pues los animales no son máquinas, ni autómatas movidos por muelles, y el chimpancé no es más que un aborigen australiano tonto.

¿Debemos permanecer *siempre* sumidos en la oscuridad e incertidumbre de la duda? ¿Acaso no hay modo de escapar del laberinto excepto por medio de la fe ciega, que no explica nada y se enfrenta a la Razón, que a su vez lleva a creer en un Dios sin Universo, en un Universo si Dios, o en un Universo que es en sí mismo Dios?

Leemos en las Crónicas hebreas que el sabio Rey Salomón dispuso poner enfrente de la entrada del templo dos grandes columnas de bronce, unas de las cuales se llamó *Yakayin* y la otra *Bahaz*; y estas palabras se traducen en nuestro ritual como

Fuerza y *Establecer*. La Masonería simbólica no da ninguna explicación acerca de estas columnas, ni los textos hebreos nos indican que fuesen simbólicas. Pero aunque no fuesen descritos como símbolos, sin duda eran interpretados como tales.

Pero puesto que sabemos que todo dentro del Templo era simbólico, y que el conjunto de la estructura representaba el Universo, podemos deducir razonablemente que las columnas del pórtico también tenían un significado simbólico. Sería tedioso repetir todas las interpretaciones caprichosas y mediocres que les ha sido atribuidas.

La clave para entender su verdadero significado no es imposible de encontrar. La distinción perfecta y eterna de los dos términos primitivos del silogismo creativo, que persigue demostrar su armonía por la analogía de contrarios, constituye el segundo gran principio de esa filosofía oculta velada bajo el nombre de "Cábala", indicado por todos los sagrados jeroglíficos de los Antiguos Santuarios, así como por los ritos, tan poco comprendidos por la masa de Iniciados de la Francmasonería antigua y moderna.

El Sohar afirma que el equilibrio del Universo procede según el misterio del *Equilibrio*. De los Sefirot, o Emanaciones Divinas, constituyen pares

la Sabiduría y el Entendimiento, la Severidad y la Benignidad, la Justicia y la Piedad, así como la Victoria y la Gloria.

La Sabiduría, o *Energía* Intelectual Generativa, y el Entendimiento, o capacidad para ser impregnado por la Energía Activa y producir intelección o pensamiento, son representados simbólicamente en la Cábala como masculino y femenino. Igualmente sucede con la Justicia y la Piedad. La Fuerza es la Energía o Actividad intelectual; Establecimiento o Estabilidad es la capacidad intelectual para producir, de naturaleza pasiva. Constituye un Poder de *generació*n y la Capacidad de *producción*. Se dice que Dios crea por Sabiduría y Establece por Entendimiento. Estas son las dos columnas del templo, contrarios como Hombre y Mujer, Razón y Fe, Omnipotencia y Libertad, Justicia Infinita y Piedad Infinita, Poder o Fuerza Absolutos para hacer lo que es más injusto o insensato y Sabiduría Absoluta que haga imposible obrar así, Derecho y Deber. Estas eran las columnas del mundo intelectual y moral, el hieroglifo monumental de la antinomia necesaria para la gran ley de la creación.

Para toda Fuerza debe haber una Resistencia que la soporte, para toda luz una sombra, para toda realeza un reino que gobernar, para toda afirmación una negación. Para los cabalistas, la

Luz representa el Principio Activo, y la Oscuridad o Sombra es análogo al Principio Pasivo. Por ello hicieron del Sol y la Luna emblemas de los dos Sexos Divinos y de las dos fuerzas creativas; por ello adscribieron a la mujer la Tentación del primer pecado, y después el primer trabajo, la labor maternal de la redención, porque es desde el seno de la misma oscuridad desde donde vemos de nuevo la Luz. El Vacío atrae a la Plenitud; y por ello el abismo de la pobreza y la miseria, el Mal Aparente, la aparente nada de la vida, la rebelión temporal de las criaturas, atrae eternamente al océano desbordado de riqueza, de piedad y de amor. Cristo consumó la Expiación en la Cruz, descendiendo a los infiernos.

La Justicia y la Piedad son contrarias. Si cada una fuese infinita, su coexistencia parecería imposible, y siendo iguales, ninguna puede aniquilar a la otra y reinar sola. Los Misterios de la Naturaleza Divina están más allá de nuestra comprensión finita, pero también lo son los misterios de nuestra propia naturaleza finita; y es cierto que en toda naturaleza la armonía y el movimiento son el resultado del equilibrio de fuerzas opuestas o contrarias. La analogía de contrarios ofrece la solución al problema más complejo e interesante de la filosofía moderna: la

concordancia permanente entre Razón y Fe, entre Autoridad y Libertad de examen, entre Ciencia y Creencia, entre la perfección divina y la imperfección humana. Si la ciencia o conocimiento es el Sol, la creencia es el Hombre; es un reflejo del día en la noche. La Fe es Isis velada, el Suplemento de la Razón en las sombras que preceden o siguen a la misma Razón. Emana de la Razón, pero no puede ser confundida con ella. Las intrusiones de la Razón en la Fe, o de la Fe en la Razón, son eclipses de Sol o de Luna; cuando acontecen, hacen al mismo tiempo inútiles tanto a la fuente de Luz como a su reflejo. La Ciencia perece a manos de sistemas que no son más que creencias, y la Fe sucumbe ante el razonamiento. Para que las dos Columnas del Templo sostengan el edificio, ambas deben permanecer separadas y ser paralelas la una a la otra. En cuanto se intenta forzarlas para que se encuentren, como hizo Sansón, ambas se quiebran y todo el edificio se precipita sobre la cabeza del ciego o el visionario que se ha consagrado a tal error.

La Armonía es resultado de una preponderancia alternativa de fuerzas. Cuando esto no es así en un gobierno, está llamado al fracaso, pues o bien desemboca en el Despotismo o bien en la Anarquía. Todos los gobiernos teóricos, por muy

plausibles que resulten sobre el papel, acaban en uno o en otra. Los gobiernos duraderos no se forjan entre los bastidores de Shaftesbury, ni en un Congreso o en una Convención. En una república, las fuerzas que parecen contrarias, que de hecho son contrarias, solo ellas pueden otorgar movimiento y vida.

Las esferas son sostenidas en sus órbitas y mantenidas girando precisa y armoniosamente por la concurrencia (que parece oposición) de dos fuerzas contrarias. Si la fuerza centrípeta venciese a la centrífuga, y el equilibrio de fuerzas cesase, la caída de las esferas hacia el Sol aniquilaría el sistema. En vez de consolidarse, el mundo se haría añicos.

El hombre es un ser libre, aunque la Omnipotencia de Dios está por encima y alrededor de él. Para ser libre para hacer el bien, es preciso ser libre para hacer el mal. La Luz necesita la Sombra. Un estado es libre como si fuese un individuo bajo cualquier gobierno digno de ese nombre. El estado es menos poderoso que la Deidad, y por lo tanto la libertad del ciudadano individual es conforme a su soberanía. Hay opuestos, pero no antagonistas. Así, en una unión de estados, la libertad de los mismos es consistente con la supremacía de la nación. Cuando uno de estos elementos consigue dominio

permanente sobre el otro y cesan de estar *in equilibrio*, la descomposición continúa con una velocidad creciente, como la de un cuerpo que se desploma, hasta que el más débil es aniquilado, y no habiendo resistencia que contenga al más fuerte, este se precipita en la ruina.

Así, cuando el equilibrio necesario de Razón y Fe y la necesaria alternancia entre ambos cesa, ya sea en el individuo o en la nación, el resultado, dependiendo de quién venza, es el ateísmo o la superstición, la ausencia de creencias o la credulidad ciega; y los sacerdotes de la Fe o del Ateísmo se convierten en déspotas.

Dios no escatima la vara con aquel a quien ama[2] es una expresión que formula todo un dogma. Las diferentes pruebas de la vida son toda una bendición tanto para el individuo como para la nación, si uno u otra tiene un alma verdaderamente digna de salvación. "La Luz y la Oscuridad", dice Zaratustra, "constituyen los senderos eternos del mundo". La Luz y la Oscuridad se encuentran en proporción en todo momento y lugar, siendo la Luz la razón de ser de la Sombra. Es únicamente por las pruebas, por la agonía del dolor y la firme disciplina ante las adversidades, como los hombres y las naciones alcanzan la Iniciación. La agonía del jardín de

Getsemaní y el dolor de la Cruz en el Calvario precedieron a la Resurrección y fueron los medios de la Redención. Es con la prosperidad con lo que Dios aflige a la Humanidad.

El Grado de Rosa está consagrado al triunfo final de la Verdad sobre la falsedad, de la Libertad sobre la esclavitud, de la Luz sobre la oscuridad, de la Vida sobre la muerte, y del Bien sobre el mal. La gran verdad que inculca es: que a pesar de la existencia del mal, Dios es infinitamente sabio, justo y bueno; que aunque los acontecimientos del mundo no se ajustan a ninguna regla de derecho y nos traen el mal en la estrechez de nuestra perspectiva, todo está bien, pues es la obra de Dios; y todos los males, todas las miserias, todas las tribulaciones no son más que gotas en la vasta corriente que avanza, guiada por Él, a un resultado grande y magnífico: que, en el momento debido, Él redimirá y regenerará el mundo, y el Principio, Poder y Existencia del mal cesará entonces; que esto sucederá por los medios y los instrumentos que Él decida emplear. Que sea por los méritos del Redentor que ya ha aparecido, o por medio de un Mesías todavía por llegar, por la encarnación de Él Mismo, o por un profeta inspirado, eso es algo que no nos corresponde a nosotros, los masones, decidir. Que cada uno juzgue y crea por sí mismo.

Mientras tanto, trabajamos para acelerar la llegada de ese día. Las morales de la antigüedad, de la Ley de Moisés y de la Cristiandad, son nuestras. Reconocemos a todo maestro de moralidad y a todo reformador como hermano en este gran trabajo. El Águila es para nosotros símbolo de Libertad, el Compás de Igualdad, el Pelícano de Humanidad, y nuestra orden de Fraternidad. Trabajando por estos ideales, con Fe, Esperanza y Caridad como nuestra armadura, aguardaremos con paciencia el triunfo final del Bien y la completa manifestación de la Palabra de Dios.

Ningún masón tiene el derecho de juzgar a otro, dentro de los muros del Templo Masónico, según la veneración que sienta por un reformador, o por el fundador de cualquier religión. No enseñamos a creer en una doctrina concreta, de la misma manera que no enseñamos a no creer en ninguna. Independientemente de los altos atributos que el Fundador de la Fe Cristiana pueda o no poseer según nuestra fe, nadie puede negar que enseñara y practicase una moral pura y elevada, incluso a riesgo de perder finalmente su propia vida. Cristo no era únicamente benefactor de los desheredados, sino también un modelo para la humanidad. Amó devotamente a los hijos de Israel. A ellos vino, y únicamente a ellos predicó

la Palabra de Dios que posteriormente sus discípulos llevaron a los extranjeros. Él hubiese liberado con gusto al Pueblo Elegido de su atadura espiritual de ignorancia y degradación. Imbuido de amor por toda la humanidad, y renunciando a su vida por la emancipación de Sus Hermanos, Él debería ser para todos, para cristianos, hebreos y musulmanes, objeto de gratitud y veneración.

El mundo romano sintió los estertores de su disolución inminente. El paganismo, con los templos de Sócrates y Cicerón hechos añicos, había pronunciado su última palabra. El Dios de los Hebreos resultaba desconocido más allá de las fronteras de Palestina. Las antiguas religiones no habían sido capaces de proporcionar felicidad y paz al mundo. Los filósofos balbuceantes y pendencieros habían conducido a la confusión a las mentes de todos los hombres, que ya dudaban de todo y no tenían fe en nada: ni en Dios, ni en su bondad, ni en su piedad, ni en la virtud del hombre, ni en ellos mismos. La Humanidad estaba dividida en dos grandes clases: señores y esclavos. El poderoso y el depauperado, la clase alta y la baja, los tiranos y la chusma. E incluso los primeros estaban saciados por el servilismo de los segundos, hundidos en la dejadez y en los más profundos niveles de degradación.

Cuando, ¡por fin!, una voz en la despreciable provincia romana de Judea proclama un nuevo Evangelio, una nueva Palabra de Dios, a los oprimidos, a los que sufren, a la humanidad sangrante. Y esa voz habla de Libertad de Pensamiento, de la Igualdad de todos los hombres ante los ojos de Dios, y de la Fraternidad Universal. Es una nueva doctrina, una nueva religión. ¡La vieja Verdad Primitiva pronunciada de nuevo!

El hombre aprende de nuevo a mirar a lo alto, a su Dios. Pero ya no es un Dios escondido tras un impenetrable misterio e infinitamente alejado de la comprensión humana, que emerge de la oscuridad únicamente a intervalos para martillear y aplastar a la humanidad, sino un Dios bueno, amable, benéfico y piadoso, que ama a las criaturas que Él mismo ha creado con un amor fuera de todo límite y medida; un Dios que siente por nosotros, y se compadece de nosotros, y nos envía dolor, necesidad y desastre únicamente si pueden servir para que nos desarrollemos en las virtudes y excelencias que nos permitan vivir con Él en la Eternidad.

Jesús de Nazaret, el Hijo del Hombre, es el exponente de la nueva Ley del Amor. Habla a los humildes, a los pobres, a los parias del mundo. La primera disposición que establece bendice al

mundo y anuncia un nuevo evangelio: “Bienaventurados sean los que sufren, pues ellos serán consolados”. Derrama el óleo del consuelo y la paz sobre los corazones destrozados y sangrantes. Todo el que sufre se convierte en su prosélito: comparte su dolor, y participa de su aflicción. Levanta al pecador y a la samaritana, y les enseña a esperar perdón. Perdona a la mujer sorprendida en adulterio. Escoge sus discípulos, no de entre los fariseos o los filósofos, sino de entre los menesterosos y humildes, incluso de entre los pescadores de Galilea. Cura al enfermo y alimenta al pobre. Vive entre los desposeídos y los despreciados. *¡Sufrid, hijos míos* –Él dijo– *pues vuestro es el Reino de los Cielos! Bienaventurados sean los pobres de espíritu, pues suyo será el Reino de los Cielos. Bienaventurados sean los mansos, pues ellos heredarán la Tierra. Bienaventurados sean los piadosos, pues ellos obtendrán piedad. Bienaventurados sean los puros de corazón, pues ellos verán a Dios. Bienaventurados sean los pacíficos, pues ellos serán llamados Hijos de Dios. Primero reconcíliate con tu hermano, y después ve y haz tu ofrenda en el altar. ¡Da a tu hermano lo que te pida, y no te vuelvas si se acerca aquel que te va a pedir! Ama a tus enemigos; bendice a los que te maldicen; haz*

bien a los que te odian, y reza por aquellos que impíamente te persiguen. Haz a los demás lo que quisieras que te hiciesen a ti mismo, pues esta es la Ley de los Profetas. Aquel que no toma su cruz y me sigue no es digno de Mí. Un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. En esto reconocerán que sois mis discípulos. No hay mayor muestra de amor que dar la vida por el prójimo.

Jesús sella el Evangelio del Amor con Su vida. La crueldad del Sanedrín, la ignorante ferocidad de la chusma y la indiferencia romana ante la sangre y la barbarie Le clavaron en la cruz, donde expiró derramando bendiciones sobre la Humanidad.

Pereciendo así, confirió a sus enseñanzas el valor de una herencia de valor incalculable. Pervertidas y corrompidas, han servido como base para muchos credos, y han dado patente a persecuciones e intolerancia. Aquí las enseñamos en toda su pureza. Son nuestra Masonería, a la que todos los hombres, de todo credo, pueden adscribirse.

Que Dios es bueno y misericordioso, y ama y compadece a todas las criaturas que Él ha hecho; que Su dedo es visible en todos los movimientos del universo moral, material e intelectual; que

somos Sus hijos, objetos de Su cuidado y preocupación paternal; que todos los hombres son nuestros hermanos y debemos proveer sus necesidades, perdonar sus errores, tolerar sus opiniones y perdonar sus ofensas; que el hombre tiene un alma inmortal, libre albedrío, derecho a la libertad de pensamiento y acción; que todos los hombres son iguales a los ojos de Dios; que servimos mejor a Dios por medio de la humildad, mansedumbre, amabilidad, bondad y las otras virtudes que pueden practicar tanto los ricos como los pobres: esta es la Nueva Ley, la Palabra que el mundo ha aguardado y ansiado durante tanto tiempo. Y todo sincero Caballero de la Rosa reverenciará la memoria de aquel que la enseñó, y contemplará con indulgencia incluso a aquellos que profesan una opinión de Dios alejada de nuestras propias concepciones o creencias, incluso si consideran al Maestro como Divinidad.

Escuchad a Filón, el judío griego:

El alma contemplativa, guiada irregularmente en ocasiones hacia la abundancia, y en ocasiones hacia lo estéril, aunque siempre avance, resulta iluminada por las ideas primitivas, los rayos que emanan de la Divina Inteligencia, siempre que asciende hacia los Sublimes Tesoros. Cuando, por el contrario, desciende sin dar fruto, cae en el

dominio de aquellas inteligencias que se denominan *ángeles*… Pues, cuando el alma es desposeída de la Luz de Dios, que conduce al conocimiento de las cosas, ya no disfruta más que de una luz débil y secundaria que no proporciona comprensión de las cosas, sino únicamente de las palabras, como sucede en este mundo terrenal.

(…) ¡Permitid que el estrecho de mente se retire con sus oídos sellados! Nosotros comunicamos los Divinos Misterios únicamente a aquellos que han recibido la iniciación sagrada, a aquellos que practican la verdadera piedad y que no están esclavizados por la pompa vacía de las palabras o las doctrinas de los paganos…

¡Oh, vosotros, Iniciados cuyos oídos han sido purificados, recibid esto en vuestra alma como un misterio que no debe ser jamás perdido! ¡No lo reveléis a ningún profano! Guardadlo dentro de vosotros como un tesoro incorruptible, no como oro o plata, sino como algo mucho más precioso. Pues se trata del conocimiento de la Gran Causa, de la Naturaleza, y de lo que nace de ambas. Y si encontráis a un iniciado, rogadle con vuestras oraciones para que no os esconda ningún misterio nuevo que pueda conocer. Pues aunque yo mismo fui iniciado en los Grandes Misterios por Moisés,

el Amigo de Dios, al haber encontrado a Jeremías, no le he reconocido únicamente como Iniciado, sino como Hierofante, y sigo sus enseñanzas.

Nosotros, como él, reconocemos a todos los iniciados como nuestros hermanos. No pertenecemos a un credo o a una escuela. En todas las religiones hay una base de verdad, y en todas se encuentra una moralidad pura. Respetamos a todos los credos que enseñan las virtudes cardinales de la Masonería, y admiramos y reverenciamos a todos los maestros y reformadores de la especie humana.

La Masonería también tiene una misión que llevar a cabo. Con sus tradiciones enraizándose en el comienzo de los tiempos, y con sus símbolos datando de mucho más atrás de lo que se extiende la historia monumental de los egipcios, la Orden invita a los hombres de todas las religiones a enrolarse bajo sus estandartes y militar contra el mal, la ignorancia y el error. Ahora eres un Caballero de la Orden, y tu espada está consagrada a su servicio. ¡Demuestra que eres un soldado digno en la lucha por una buena causa!

Traductor:

Nacido en Albacete (España) en 1968, Alberto Moreno Moreno es Técnico en Empresas y Actividades Turísticas y traductor. Reside actualmente en Alfaz del Pi (Alicante), y es miembro de las RR# LL# SS# Hiram Abiff nº 80, al Oriente de Alicante, y Oliva-La Safor Nº 112, al Oriente de Gandía, pertenecientes a la Gran Logia de España.

Este libro terminó de componerse en las colecciones

de MASONICA.ES a Medianoche en
Punto del día 21 de junio de 2010,
Solsticio de Verano

Notas

[←1]

La presencia de torres redondas en suelo irlandés ha alimentado la peculiar teoría de que fueron construidas por persas budistas en un pasado remoto.

[←2]

Pike hace referencia a Proverbios 13:24

Índice